Vicente Sierra
"Historia de las ideas políticas en Argentina"

Capìtulo XI

Vicente D. Sierra

"Historia de las ideas políticas en Argentina"

Capìtulo XI

DESDE LOS GOBIERNOS DE LA OLIGARQUíA HASTA EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA SOCIAL.

Buenos Aires

Ediciones Nuestra Causa

1950

Año del Libertador General San Martìn

Vicente Dionisio Sierra fue Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UBA durante la primera presidencia de Perón y Director de la Biblioteca Nacional (1973-1976). El presente libro es uno de los mas raros de hallar dentro de la bibliografía del autor. Buenos Aires, Ediciones Nuestra Causa, 1950. 604 pag. Rustica. Formato Grande 26 x 18 cm .

--------0--------

DESDE LOS GOBIERNOS DE LA OLIGARQUíA HASTA EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA SOCIAL.
Corresponde al capitulo XI de la obra de Vicente Sierra
"Historia de las ideas políticas en Argentina"

1.- ANTECEDENTES DE LA OLIGARQUíA

" 'En cuanto es posible fijar con precisión el nacimiento de los seres morales –dicen Rodolfo y Julio Irazusta- la oligarquía vio la luz el 7 de febrero de 1826. Ese día, las diferencias existentes desde el 25 de mayo en el viejo partido que había hecho la revolución, se definieron en una escisión irreconciliable. Una de sus fracciones se apoderó del gobierno por una conjura de asamblea, un verdadero golpe de estado. Las circunstancias injustificables en que se realiza la operación hicieron de sus autores un grupo de cómplices, en vez de correligionarios. Y esa complicidad era un mal comienzo para una tradición que estaba destinada luego a una expiación de cinco lustros, a regir el país durante más de medio siglo.'

Los elementos vitales de la nacionalidad estaban demasiado vivos en 1826 para que la reacción no se produjera, y al exterior huyeron aquellos rivadavianos, campeones del orden legal, que solo demostraron serlo de la intriga, la imitación y el motín. Atropellaron las instituciones en 1828, jugando al ejercito nacional para defender a los mismos que, por simple ideología antimilitarista –que era la moda después de la caída de Napoleón- habían destruido los cuadros militares en vísperas de una guerra internacional y llegaron hasta el crimen despiadado e inútil de Navarro, al que la historiografía liberal se apresuró a perdonar. Lavalle no fue el hombre que aquella oligarquía necesitaba. Era preciso que, a fuerza de pasar el cuchillo por la espalda de los gauchos, como le pedía del Carril, hiciera '*la unidad a los palos',* como lo proponía el siniestro Agüero; que permitiera la entrega de las riquezas del país a Hullet y Cía. de Londres y facilitara la amputación del territorio patrio; disminuyera la influencia de la iglesia y creara un estado fuerte que debía colocar en manos de sus protectores, y como Lavalle no fue hombre de tamaña empresa lo abandonaron, exiliándose en Montevideo. No fue necesaria la llegada de Rosas para que la vecina ciudad del Plata se viera llena de migrados políticos Argentinos. Corridos por la propia conciencia, cuando Rosas llega Montevideo rebosa de ellos, y allí observa la misma conducta que en Argentina. Como carecen del sentimiento de patria y solo tienen en cuenta las ideas, lo mismo les da aplicarlas en un lado o en otro, por lo que se entregan a la intriga para destruir un gobierno nacional y nacionalista, apoyando a Rivera, el '*pardejón'* hecho a la medida pues unas veces es enemigo del Brasil y otras Barón de Tacuarembó, unas contrario a Rosas y otras

Zalamero en la tarea de procurar en el un gesto de inteligencia que los iguale. Tarea inútil por cierto.

De las intrigas de los exiliados de la banda oriental, a los que mas tarde se agregan los jóvenes de la generación de 1837, mas ideólogos que sus antecesores los rivadavianos, surgen dos bloqueos extranjeros a los puertos argentinos, sin que aquellos emigrados, que practican según Vicente López y Planes la política de prosperidad ante que patriotismo, sientan herida una sola fibra ante la prepotencia con que Francia e Inglaterra parecen dispuestas a humillar a argentina. La voz inmaculada de San Martín señala la traición, pero las Ideas no le permiten ver los hechos y apoyan al enemigo y hasta aceptan su oro para cambiar el gobierno argentino, lo que no es conveniente para que se proclamen los mejores argentinos; y que lo son se enseña en las escuela por que así lo quisieron, después de Caseros, los que habrían de continuar tras las huellas rivadavianas. Para lo cual se falsifica la historia para lograr que el argentino de hoy haya olvidado el aislamiento de 1821, la sesión del alto Perú en 1825, la sustitución de la guerra extranjera por la civil en 1826, la pérdida de la banda oriental en 1828, el ataque Francés de 1828, el anglo-francés de 1849 y la derrota de Rosas por fuerzas Uruguayas y Brasileras, sin dejar de lado la internacionalización de los ríos y la pérdida del glorioso territorio de las misiones del Uruguay.

Rosas cae como consecuencia de una conjura internacional. En Caseros los argentinos solo luchan en las filas de los derrotados. Al frente de tropas internacionales esta Urquiza. Ha surgido en el un afán constitucionalista que no condice ni con sus antecedentes ni con la manera como gobierna su feudo entrerriano, pero que parece sincera. Con el llega, entre otros, Mitre, soldado sin mayor relieve, que ha servido a Oribe hasta su caída y seguido luego a Rivera, en el Uruguay, retirándose mas tarde a Bolivia y Chile, donde como periodista, ha destacado una personalidad. Alienta ambiciones respecto al futuro del país, pero nada tiene que ver ni con los rivadavianos ni con los antirosistas de 1837. No tiene ningún motivo de agravio hacia Rosas, pero posee ambiciones. Ni Urquiza ni Mitre tienen plena conciencia de lo que quieren, de forma que, como saldo de sus compromisos, el país pierde definitivamente la provincia del Paraguay y las regiones misioneras regadas con sangre de santos y hasta la isla Martín García Sufre el oprobio de llegar a ser neutralizada, perdiendo el país la soberanía sobres sus grandes ríos navegables. Y, como si fuera poco, a la primera complicación internacional, apoyados en la estúpida soberbia de Solano López y en la presión deslumbrante de la Corte imperial de Rió Janeiro, Argentina entra en una guerra injusta contra sus hermanos en la sangre y en la historia. Ni Urquiza ni Mitre odian a Rosas. Mitre es liberal, pero su temperamento frío le veda caer en pasiones subalternas. Desgraciadamente, tiene que actuar con quienes no ven las cosas como él, y cede muchas veces, pero hay siempre un sentido nacionalista en su actuación que desespera a Sarmiento, para quien todo lo autóctono es destruible. El sentido histórico, evidente en Mitre, le hace comprender que si se quiere forjar la nación no hay que prescindir de todo el pasado ni admitir todo lo foráneo como bueno. Impone el liberalismo por la fuerza porque esta convencido de su bondad, pero coloca todavía ciertos factores espirituales por encima de los materiales. Es así que, aprovechando su estada en el frente de guerra paraguayo en combinación con camarillas y con el apoyo del ejercito, la oligarquía eleva a la presidencia, para sucederle, a Sarmiento, cuyo ideal consiste en dar vuelta al país, cambiarle las ideas y los hombres, la moral y la religión, hasta hacer de él la mas perfecta imitación de los Estados Unidos.

La gestación de este drama, desde 1826 a 1868, interrumpido por los cinco lustros del gobierno de Rosas, es obra de una oligarquía insignificante, pero habilísima y, políticamente inescrupulosa. No porque no lo sean sus penates, sino porque se han forjado una doctrina del progreso en virtud de la cual quien no esta con ellos esta contra ellos. Convencidos de que representan la civilización, cuando les es extraño es bárbaro. Por eso no se detienen ni ante el crimen. Borrego, Benavides, Heredia, Peñaloza, Lucero, marcan etapas en la labor de "liberalizar" al país, o sea, someterlo a los intereses de Buenos Aires, para lo cual se amparan en grandes principios. Nutridos de ideas abstractas –Razón, Ciencia, Progreso, Educación, Civilización, Humanidad- a las que dan vitalidad, convirtiéndolas en mitos, cuyo real contenido nadie investiga, manifiestan una fe sin limites en el poder de la razón, pero cree que se manifiesta exclusivamente en cada uno de ellos cuando escriben sobre cuestiones sociales o políticas. Poseen una noción puramente intelectual del progreso social. La moral es considerada como un elemento estático con poca o ninguna influencia en el progreso humano, al que solo comprenden y valoran a través de los hechos materiales: más ferrocarriles, más máquinas, más cantidad de escuelas, etc. No debe extrañar, por

consiguiente, que estimaran, en un país católico, que la religión era un elemento retrogrado, porque así lo habían leído en algunos libros extranjeros.

Educados en momentos de agitación del país, y en una época de profunda dispersión ideológica, carecen de cultura filosófica, lo que disimulan embanderándose en las corrientes racionalistas, que alivianan, por cierto, la difícil tarea de pensar. Más pese a su progresismo son conservadores, no en el sentido noble del término, sino en cuanto a la convicción de que constituyen la clase que debe gobernar dentro de normas que se destacan por un casi religioso respeto por la riqueza. Tienen la convicción de que puede descubrirse una forma natural de gobierno que corresponda en la esfera social a las grandes leyes de Newton en la física, `pero, por singular coincidencia, esa forma natural se acomoda a sus ideas de la sociedad y de la economía. El hombre debe ser libre para hacer y comentar sus negocios, no para comentar los públicos. Creen estar al día, y en realidad, viven ideas extrañas con singular atraso. El concepto que tienen de la sociedad, del hombre y del estado, pertenece al siglo anterior. Creen, como el deán Tucker que *'Los estatutos para regular los salarios y el precio del trabajo son otro absurdo y un daño muy grande para el comercio. Absurdo y descabellado debe parecer seguramente en que una tercera persona intente fijar el precio entre comprador y vendedor sin su mutuo consentimiento'.* Estos conceptos, escritos en 1757, son divulgados por Alberdi, un siglo mas tarde, como la *'ultima'* expresión de la ciencia económica, de manera que cuando Europa comienza a registrar intervenciones del Estado en la regulación de la economía, los triunfadores de Caseros imponen al país una libertad basada en la ciencia de que el comerciante es una especie de benefactor publico, que cuando menos se lo constriña en la persecución de su riqueza, tanto mayor será el beneficio que podrá hacer a sus semejantes.

Cada uno trata de hacer del Estado el intérprete de una ley natural que puede ser deformada, pero no mejorada, para lo cual procura liberar al propietario y facilitar la labor del comerciante. Ninguno cree que hace el juego a una teoría económica y a los intereses de una clase particular, porque carecen, como hemos dicho, de cultura filosófica; hecho común a todo el movimiento liberal que, con retraso, encarnan en Argentina. El país había logrado saltar el siglo XVIII, pero los triunfadores de Caseros lo obligan a vivirlo apresuradamente para que, sus sucesores, después del Presidente Avellaneda, lo pongan al día.

No repudian a Rosas porque ha ejercido el gobierno con la *'suma del poder público',* pues que lo detentó Lavalle y Paz. ¿No es, acaso, proceder con la suma del poder lo que hace Mitre después de Pavón con los procónsules uruguayos que envía a las provincias para someterlas, a fin de que le entreguen – como lo hicieron con Rosas – la dirección de las relaciones exteriores y, mas tarde, los electores para ser electo Presidente de la Nación? Lo que repudian es que Rosas haya empleado ese supremo poder contra las clases pudientes, restaurando los valores tradicionales, protegiendo la producción nacional, no dejando que los maestros *'lancasterianos'*difundieran el protestantismo entre los educandos argentinos; lo que repudian es que Rosas haya resistido las *'luces'* de Europa que a ellos los ha encandilado. Son, sin embargo, heroicos, porque son sinceros. Están, simplemente, equivocados. Son el fruto directo de la relajación en la que cayó la enseñanza pública en el país después de 1806, agravado por la dispersión intelectual y doctrinaria de un siglo en que hubo de todo, y todo, sin filtrar, llegó a nuestras playas a deformar mentes, como en el caso de Alberdi, bien dotado, que en pocos años pasa del ideologismo al historismo, de este al socialismo y luego inada menos! que a Adam Smith. Semejante esquema intelectual, con evolución al revés, inclusive, no podía darnos sino un hombre contradictorio en su manera de pensar y actuar. Son, además, puros. Ninguno procura enriquecerse con la situación que alcanza después de Caseros. Eso quedara para mas tarde; para los herederos lógicos de sus ideologías a pesar de todo, constituyen todavía un magnífico patriciado. Repudian lo propio pero todos lucen virtudes cardinales de la raza. Se creen idealistas, y lo son, pero de un ideal materialista, aunque le imprima cierta emoción estética, una corriente romántica que hay en todos ellos; pero, cuando la influencia del idealismo romántico, que había dominado el pensamiento europeo durante la primera mitad del siglo, entra en decadencia y la corriente se inclina hacia el puro pragmatismo, como saldo de los sorprendentes desarrollos de la técnica industrial, las cosas cambian. Ya entonces la oligarquía hace gala de su desapego a la religión y sus penates entran a formar en las filas del positivismo. La austeridad de vida de Mitre o Sarmiento no será entendido por los hombres de 1890, pero llegado ese momento ya no habrá una política internacional propia; ya no habrá posibilidad de que el argentino desarrolle un estilo propio de vida; el imperativo será la riqueza, el plagio, la imitación, o sea, el desprecio de lo propio y, en la misma proporción, un

crecimiento de los poderes del Estado. Puestos en esta región se tratará de gobernar sin pueblo y sin Dios.

2.- DESDE 1862 A 1880.

La burguesía porteña de 1862 estaba integrada en su mayor parte por comerciantes extranjeros. El nativo pudiente era estanciero. La vida entonces, simple, no exige grandes fortunas, de manera que los hombres mas capaces de las familias que se consideran integrantes de la aristocracia nacional, toman el camino de la política, con el beneplácito de la burguesía mercantil. Algo semejante a lo ocurrido en Inglaterra, cuando la burguesía llega a un acuerdo con la '*gentry*', dejando el manejo de la cosa publica en manos de la aristocracia, comprometida a gobernar para ella. Debe tenerse en cuenta que, recién en 1855, se anula la ley de Aduanas de Rosas, de manera que, si bien el volumen de los negocios comienza a crecer, favoreciendo la constitución de una clase muy fuerte de comerciantes intermediarios –no de productores- que cuenta con la circunstancia de que la única producción a que esta vinculada la aristocracia local es la ganadera, a la que favorece la libertad de comercio, debe esperar aún antes de pretender tomar las riendas del gobierno. Es una labor que reserva para sus hijos, segura de que, con el tiempo, la riqueza los vinculará a la aristocracia y se harán cargo del gobierno del país. Mitre es el hombre necesario para la primera etapa de unificación y libertad de comercio; Sarmiento será el que trabaje para matar cuanto huela al pasado hispano, considerado enemigo por su rancio sabor a clericalismo, a teología fuera de moda: Avellaneda realizará la etapa final con la capitalidad de Buenos Aires. Después, la burguesía mercantil de 1860, será ya la burguesía agiotista de 1890. El proceso es conducido con firmeza y seguridad. Sarmiento llego a presidente contra la voluntad de Mitre, y si bien su gobierno fue mediocre, sin trascendencia alguna, organizó en las provincias los núcleos influyentes del caciquismo, que constituyeron la base de la máquina electoral con que la oligarquía se aseguró su continuidad sin dejar, por ello, de expresar siempre destacados fervores democráticos. Fue así como Sarmiento impuso a su sucesor, Avellaneda. Mitre advierte los peligros de esa acción de Sarmiento; comprende que el país se desvía; ve que se lo conduce a una peligrosa despersonalización pero, como buen liberal, no advierte sino las formas de gobierno, los problemas gubernamentales, y se levanta revolucionariamente en 1874; siendo derrotado en *"La Verde"*, por el coronel Arias. Mitre justificó su levantamiento como protesta por el fraude electoral, pero en el fondo no hizo sino expresar el orgullo de Buenos Aires, que no había apoyado a Avellaneda, impuesto por los electores provincianos. Al aceptar su candidatura a Presidente de la Nación para suceder a Sarmiento, Mitre dijo:

'Es así que al ver en peligro el gran principio de la soberanía popular y la pureza del sufragio, que es su medio legal de manifestación, y considerándolo amenazado por ligas bastardas de mandatarios que pudieron pretender sobreponerse a la voluntad de las mayorías, no he vacilado en aceptar la candidatura que tan espontáneamente me es ofrecida por elementos verdaderamente populares'.

Mitre pretendía que solo Buenos Aires tenía convicciones principistas, pero en las provincias no se olvidaba ni su acción '*liberalizadora',* ni la guerra del Paraguay, y aun con elecciones libres su nombre era bandera de fracaso. Eso si, en Buenos Aires, a su alrededor, se reúne gente calificada, que tiene fe en el liberalismo porque no ve lo que involucra. No son demócratas, sino partidarios de acuerdos entre los dirigentes de los partidos, y los domina cierto sentido aristocrático de la política. Separado de ellos ya aparecen otras tendencias, tal el '*Autonomismo'*, movimiento de tipo popular encabezado por Adolfo Alsina, que destaca un sentimiento federalista como consecuencia de que en sus filas se reúne mucho elemento venido del rosismo. Alsina apoya a Avellaneda contra Mitre, y de hecho tiene, en el fondo, un contenido social que nadie advierte en su época, pero tan efectivo que, con el tiempo, del automatismo habrá de surgir la '*Unión Cívica Radical'*, como formación partidaria netamente antioligárquica.

En la historiografía liberal estos hechos se desvirtúan diciendo que Sarmiento combatió todos los brotes del antiguo caudillismo en el interior, y favoreció en cambio, la evolución de los grupos políticos hacia los principios liberales, sin vacilar en prestar apoyo a .la candidatura de Avellaneda, que encarnaba a sus ojos esa evolución. Mitre, en cambio, llamaba a

Abellaneda, el presidente elegido por una *'liga bastarda de mandatarios'.* Como se ve, la implantación del liberalismo se iba haciendo a fuerza de violencias o de fraudes. Solo preocupaba el progreso material del país. El alma del mismo había sido entregada a los perros.

Durante la presidencia de Avellaneda los núcleos de las provincias, dirigidos desde Córdoba por el gobernador, al que mueve bajo cuerda Juárez Célman y Julio A. Roca. Organizan una '*Liga de gobernadores'*, de manera que cuando llega el momento de elegir sucesor y Carlos Tejedor es el candidato de Buenos Aires, Roca es electo por las provincias. Avellaneda aprovecha aquellos momentos para separa a la ciudad de Buenos Aires de la provincia epónima, y hacer de aquella la capital de la república como territorio federal; y si bien Tejedor se alza, no esta en condiciones de entablar una nueva batalla de Pavón. En esta oportunidad es derrotada, con Mitre a la cabeza, una fracción minorista de la oligarquía porteña, que ha comenzado a girar hacia formas mas conservadoras, alarmada subconscientemente por lo que tiende a dejar predominar rastros tradicionales que hacen del suyo un liberalismo no del todo exaltado. El golpe de Avellaneda fue un éxito. Mediante el mismo se colocó en manos del gobierno nacional los recursos extraordinarios de Buenos Aires, primera etapa para la acción de continuar destruyendo los federalismos locales. Leandro N. Alem, diputado a la legislatura bonaerense, señala el hecho en un discurso memorable, en el que dice que los porteños deberían ahogar sus '*sentimientos de hogar, en presencia del interés general del país",* si es que lo hecho reportara en su beneficio, *"pero estoy perfectamente convencido* –agrega- *de que los perjuicios que sufrirá la provincia de Buenos Aires no los necesita la Nación para consolidarse y conjurar peligros imaginarios, sino que, por el contrario, tal vez ellos comprometan el porvenir, puesto que de esta manera, se va a dar el mas rudo golpe a las instituciones democráticas y al sistema federativo en que ellas se desenvuelven bien'.*

Durante la presidencia de Sarmiento se trató, repetidas veces, de resolver el problema de la capitalidad del país mediante proyectos destinados a instalar las autoridades nacionales fuera de Buenos Aires, siendo todos jaqueados por el presidente. Y es que la cuestión se ligaba a grandes intereses. La oligarquía mercantil residía en Buenos Aires, y es la que determinaba la decapitación de la provincia de Buenos Aires, hecho grato al gobierno nacional porque colocaba en sus manos el control electoral del sector mas densamente poblado del país, sin contar que la posesión de la ciudad significaba dotar al Poder Ejecutivo de elementos financieros extraordinarios a los fines de mantener atado a sus intereses a los gobernadores de la provincia. Fue así como Buenos Aires pasó a ser la Capital Federal de la República, error que el país continúa pagando caro. Se ha dicho que, históricamente, Buenos Aires fue siempre la capital, pero se olvida que una cosa era el país bajo el régimen español otra bajo el sistema norteamericano que se había implantado. Una cosa era ser provincia de un Imperio, y otra nación soberana. La capital en Buenos aires solo interesaba al comercio internacional y al tipo de burguesía que en ella residía, es decir, burguesía mercantil extranjera en su mayor parte, unida a burguesía nacional ganadera. Rosa, a pesar de su notorio porteñismo consideró que la cuestión de la Capital era un problema que debía ser meditado y, en su famosa carta a Quiroga, recordó que en los Estados Unidos se había fundado una ciudad para la capital del país. Quizás comprendía los inconvenientes de que las autoridades no actuaran más cerca de la nación. La verdad es que la predicción de Alem se cumplió: la provincia de Buenos Aires perdió su joya mas preciada y el sacrificio fue útil a los fines de que la economía nacional se entregara al extranjero, en una acción continuada de gobierno que empobreció al interior al mismo tiempo que dejo crecer hasta la hipertrofia a la ciudad capital. Grave problema este que tarde o temprano habrá de ser resuelto para evitar que toda la nación se apretuje y asfixie en el llamado "Gran Buenos Aires".

Pero hay a pesar de todo, en el periodo que corre hasta 1880, algo que lo distingue del siguiente, en el cual Roca organiza la oligarquía especuladora, aliada a la burguesía capitalista, que ya ha salido de su primera etapa puramente comercial, y es que predomina en los dirigentes una dulce ingenuidad principista, que cree acción de bien nacional favorecer el progreso material de la república. La inmigración que comienza a arribar se la atrae con el convencimiento de que es necesaria una obra de colonización que cambie la fisonomía de la nación. Esa inmigración es recibida como instrumento de un progreso económico que, en realidad, se produce. Paralelo a ello se trata de modificar las instituciones, y se dota al país del Código Civil, Comercial y Penal, inspirados en las corrientes del liberalismo francés. En materia educacional, Nicolás Avellaneda, como ministro de Sarmiento, primero, y como presidente de la nación, mas tarde, lleva a cabo una obra digna de encomio. Es claro que lo

que falla en todo eso es la comprensión de lo nacional. Sarmiento ama la educación por la educación misma; para el lo importante es enseñar, sin importarle que es lo que se enseña. No debe sorprender, por consiguiente, que un día traiga maestros protestantes de los Estados Unidos, ni que cree el normalismo, bajo el supuesto de que basta leer y escribir para dejar de ser inculto. No se interesa por averiguar que es lo que van a leer los nuevos alfabetos. Es así cómo la enseñanza argentina fue cayendo, poco a poco, en lo libresco, sin contenido cultural alguno, porque la cultura no es conocimiento de cosas sino, esencialmente, sentido tradicional de la vida. Entre el viejo paisano analfabeto, que siente la belleza de una décima, y el bachiller incapaz de sentir esa belleza pero que conoce la vida de Cervantes y el Argumento del *'Don Quijote',* aunque no ha leído el libro, el culto es el primero. El sentido humanístico de la cultura española fue entonces desterrado definitivamente de nuestras escuelas, para darnos un saldo, que actualmente todos deploran. No en balde, José Hernández, que escribió su poema *'MARTíN FIERRO',*como crítica a los gobiernos de Mitre y Sarmiento, expresaba una esperanza:

Y dejo correr la bola
Que algún día se ha de parar.
Tiene el gaucho que aguantar
Hasta que lo trague el hoyo,
O hasta que venga algún crioyo
En esta tierra a mandar....

3.- LA OLIGARQUIA CONSERVADORA

Asegurados los elementos de dominio entra a regir el país el general Julio A. Roca. Hijo de su época, inicia la era mas nefasta de la oligarquía, porque animado por ideas liberales de espíritu burgués, huérfano de heroísmo, y sin otros ideales que los de absorbente predominio, encabeza una clase que solo percibe el lado práctico de las concepciones rivadavianas; aquellas que conducen a la riqueza personal, convencidos de que con ella hacen el país. Esa oligarquía preside una era de progreso material que le cuesta a la Argentina la casi pérdida de todos los elementos que constituyen su posibilidad de ser una nación. Hace el progreso de un país, pero en cambio de su independencia económica y de la bastardía de su cultura; construye una Argentina de contramano, aparentemente fuerte, pero de base endeble, supeditada en sus aspectos esenciales al plagio o las determinaciones políticas de los imperialismos, o financieras de los grandes consorcios bancarios. En 1894 decía Agustín Álvarez que Argentina era *'un país nuevo, que está saliendo rápidamente de la barbarie, que cambia cada cinco años por la inmigración, las escuelas y los ferrocarriles, de tal modo que, como a los niños, el que no lo ve crecer lo desconoce'.*La frase revela la inconmensurable vaciedad del pensamiento liberal, que no comprende que un niño crece sin perder, por ello, las determinaciones de sus elementos heredados, mientras que el país era *CAMBIADO* en su crecimiento, haciendo de él una cosa cada día mas difícil de reconocer. Es la era en la que se denomina al país *"pueblo nuevo",* confundiendo a la nación con el estado. Nuevo podría ser el estado, no era la nación, ni podía serlo, porque no hay posibilidad humana de crear una nación con la técnica que se arma un automóvil. Aquella Argentina que crecía, pero, cada cinco años, era desconocida, era una obra lenta de destrucción de la nación, y de una destrucción que no tenía más ideal que el muy menguado de imitar formas extrañas. Nada más ilustrativo sobre ese período, el más nefasto de la historia argentina, aunque en el que se instalaron todos los instrumentos del progreso, que los debates del Congreso Nacional. Los legisladores se desviven por presentar proyectos de leyes a fin de apresurar el progreso de la república, pero todas son versiones apenas retocadas de las que existen en otras partes del globo; hay diputados que gastan sesiones en explicar las ventajas de una ley en virtud de su vigencia en Australia o Nueva Zelanda; lo que no se encuentra es quien proponga leyes inspiradas en la observación directa de fenómenos nacionales. Ni siquiera se muestran capaces, dentro de su ideología, de realizar un progreso dirigido, orientado hacia determinadas finalidades de orden nacional. Se admite que un ferrocarril es una obra de progreso, pero nadie se preocupa de su trazado, como no

sean los influyentes capataces de ciertas picardías para que el riel valorice determinados campos.

Al subir a la presidencia, en 1880, Roca señaló lo que la unidad nacional debía al ferrocarril y al telégrafo -¡Disparate solemne este de que un ferrocarril cree una unidad nacional-¡ diciendo que'*"con estos agentes poderosos de la civilización se ha afianzado la unidad nacional (sic), se ha vencido y exterminado el espíritu de montonera y se ha hecho posible la solución de problemas irresolubles, por lo menos al presente'. El 'espíritu de montonera'* era la forma de expresión de la democracia argentina, entonces apabullada porque el caudillismo había sido substituido por el caciquismo político.

El argentino comenzó a ser extraño en su propia tierra. El inmigrante creaba una economía que rompía con el ideal de vida del criollo, que se sentía desplazado de ella, a la par que el fraude lo separaba de toda influencia política. La oligarquía hablaba de democracia pero mantiene a las masas alejadas de los comicios; a veces se las deja votar, nunca elegir. Presidente de la Nación hubo cuya candidatura fue proclamada en alguna Cámara de Comercio extranjera antes que en los comités. Los partidos políticos sirven para que el pueblo no advierta hasta que punto se ha producido la más grosera substitución de soberanías. Más, a pesar de todo, el pueblo no deja de ver la verdad, como lo demuestra el hecho que, desde 1880 hasta nuestros días, el país sufre seis revoluciones o conatos de tales. Si no las hubo mas abundantes se debe a la acción negativa de la población extranjera, a la que no interesa la política sino la paz, a los fines de hacer a su amparo alguna rápida fortuna con la cual elevarse socialmente o volver a la patria de origen, pues es extraña a los problemas culturales de la nación.

La oligarquía conservadora ofrece características contradictorias: fomenta la inmigración y cierra sus filas para evitar que los hijos de los inmigrantes penetren en ellas; creyendo representar al país mejor que estos descendientes de la inmigración, nada hace para que su asimilación sea integral. La verdad es que nada puede hacer porque ella misma se ha desprendido de todo lo tradicional, al punto que la escuela, controlada por el Estado, pierde poder catalizador porque ha sido creado en base a la imitación de modelos foráneos, alejada en sus orientaciones a los elementos fundamentales del ser nacional. Como su conservadorismo es puramente político, eso oligarquía, procurando contentar a los extranjeros que acuden en oleadas, adopta las peores expresiones del liberalismo y da al país una legislación antitradicionalista que, en materia religiosa, se distingue por sus tendencias laicistas; sin advertir que la inmigración que llega no es anglosajona, sino italiana y española, es decir, inmigración católica.

No responde esa legislación a ninguna necesidad nacional. La ley de educación laica no fue sino una consecuencia de uno de los tantos fenómenos de imitación. Cuando en 1882 se discutía en el país la ley de educación, llegaron los ecos de la laicización de las escuelas de Bélgica y de los debates promovidos por Jules Ferry, en Francia. La moda pedagógica del momento, dirigida en parte por el protestantismo – que mantiene la enseñanza religiosa en las escuelas de Inglaterra o Estados Unidos- combatiendo la enseñanza religiosa en las escuelas de los países… católicos-, basta para influir sobre nuestros hombres que, en materia de modas, en 1882, se visten en Londres y en París. Y es así como a pesar de la violenta reacción de los elementos católicos, sobre todo desde el diario *'LA UNION',* cuyos principales redactores eran José Manuel de Estrada, Pedro Goyena, Miguel Navarro Viola, Tristán Achával Rodríguez, Emilio Lamarca y Santiago Estrada, el país tuvo enseñanza laica. Poco antes, por la ley 934, reglamentaria de la ley de enseñanza, se terminó con esa libertad, pues su objetivo fue estatizar la escuela en todas sus etapas. En aquellos años la boga consistía en denominarse *"librepensador",* y solía ser considerado como una gran hazaña no bautizar a un hijo o, después de la ley de matrimonio civil, no casarse por Iglesia; aunque muchas veces ambos sacramentos no se cumplían públicamente, y si en privado. Navarro Viola, en *"La Unión",* decía que en la Argentina no había auténticos liberales. '*Hay LIBREPENSADORES, decía, del tipo conocido, tan LIBRES que no saben ni pueden elegir lo que les conviene"."Los hombres considerados en este país como pensadores distinguidos, agregaba, se han declarado siempre fieles a la Iglesia y no han hecho materia de estudio las cuestiones religiosas o filosóficas. Se han dedicado a problemas políticos relacionados con las dos carreras que cultivan tradicionalmente en la república: la abogacía y la medicina'.*

'Sus discursos y escritos – proseguía Navarro Viola- no versan sobre temas de religión ni de filosofía. No hay, pues, LIBERALISMO DOCTRINARIO; no hay escuela filosófica Argentina. EL LIBERAL que se conoce por estas tierras es por lo común un individuo sin cultura fundamental que no ha meditado sobre las graves cuestiones de la sociedad y de la ciencia, y solo ha leído algunas páginas declamatorias contra los frailes. Cuanto mas, es suscriptor de algún periódico irreligioso, que se publica en Europa y del cual extrae el suficiente lote de bagatelas, que a la primera pregunta a fondo que se les hace sobre cuestiones de verdadero conocimiento, caen en un mar de confusiones y terminan por confesar que no han meditado suficiente sobre el punto'.

La inmigración italiana, que vivía aun los días de la toma de Roma y formación de su unidad nacional, fue introductora de ese *LIBREPENSAMIENTO,* que consistía en leer *'L´Asino'***,** un periódico de caricaturas contra los frailes y, cuando se instalaba algún negocio, cantina o almacén, denominarlo *'Epur si muov'" o 'Galileo',* títulos que, al parecer, tenían una enorme fuerza contra la Iglesia, contra esa Iglesia en la que todos ellos bautizaban a sus hijos.

4 – 'LA NOSTALGIA DE LA PATRIA AJENA'.

Al discutirse la ley de educación, Miguel Navarro Viola escribió un folleto que hizo enorme impresión entre los capaces de comprenderlo. Entre los que no se contaban los jerarcas de la oligarquía. Comenzaba diciendo:

'Es menester, siquiera en la legislación que debe ser EMINENTEMENTE NACIONAL, reaccionar contra un verdadero peligro, contra esa enfermedad nueva a la que podía darse el nombre de NOSTALGIA DE LA PATRIA AJENA. Y ya que nos referimos al espíritu de imitación predominante, fijémonos siquiera en el mejor modelo: los Estados Unidos, no rompiendo bruscamente el hilo de tradiciones antiguas. Es desconocer la historia de la ampliación de las leyes hacerlas puramente teóricas, puramente académicas. Si ese fuera su mérito, deberían hacerse proyectar por los estudiantes que dejan las aulas de derecho y están al corriente de los ápices de la escuela. Crear leyes nuevas es como traer plantas exóticas: perderlas. PARA LAS LEYES NO HAY INVERNACULOS SINO LA PLENA TIERRA, EL AIRE LIBRE DE LA PATRIA. No hay cuidados que basten para aclimatar de inmediato una ley exótica. Debe evitarse, pues, la pena congojosa de tardíos arrepentimiento'.

Ponía el dedo en la llaga el ilustre publicista. Todo aquello era consecuencia de esa'*nostalgia de la patria ajen'* que constituye una característica de la oligarquía argentina, y llega a sus descendientes de hoy en día. Nostalgia de París o de New York, según las épocas; falta de sentimiento de lo nacional. La consecuencia, al reflejarse sobre la vida argentina, fue el crudo materialismo que invadió a un pueblo, originariamente contrario a dejarse dominar por los hechos materiales. Navarro Viola, derrotado, declaraba: *'Algún día el país se salvará reconociéndose a sí mismo, tomando razón de su verdadero ser y destino'.*

Durante la secuela de esta cuestión, Navarro Viola dirigió al General Roca una carta cuyo valor se agranda con el tiempo. Dijo en ella:

'La Argentina, uno de los pueblos mas jóvenes de la historia no era la mas indicada para dar un paso en materia tan grave. Parafraseando a un escritor moderno, diré QUE SIN RELIGION LA VIDA PIERDE TODA DIGNIDAD y el mundo no es más que un teatro de pasiones y dolores. En si el hombre no es una mala criatura; hasta el mas perverso aguarda un resto de ternura y, mas de un bandido, se ha mostrado bondadoso con sus padres o sus hijos. Mas cuando el hombre carece de frenos morales y, hallándose entre la multitud, comprende que no puede adelantar sino empujando a su vecino, se convierte en un ser sin piedad. En la ausencia de Dios reina el egoísmo y aplasta todo cuanto le molesta. La vida, entonces, se hace un combate ruin, donde vence el más fuerte o el más astuto. Negar a Dios es negar las mejores cualidades del hombre, y si este, por su cuerpo, es pariente de la bestia, si no se acerca a Dios se hace una detestable criatura. La Francia de la revolución no vaciló en declarar, 1849, por boca de Guizot. Dice Guizot que la instrucción primaria debe ser esencialmente religiosa. Y Guizot como Thiers, Cousin y Montalembert, eran liberales y filósofos. Sabían que la religión y la filosofía vienen del hombre, es la obra de su espíritu; la

religión viene de Dios. Todas las Constituciones modernas son cristianas porque derivan de una civilización universal y no hay una institución social, política o civil que no responda a una ciencia religiosa, ha dicho en momentos memorables el general Mitre. Toda nuestra evolución social esta animada por la fe de nuestros mayores, que jamás dudaron que el cristianismo debe ser la base de la instrucción del pueblo. Así como en política exterior no existen tratados que se respeten si las potencias que suscriben no salen recíprocamente beneficiadas, toda enseñanza sin las luces de la religión será deficiente y precaria. Perdone usted me extienda sobre este tema y apele al pensamiento de los otros para respaldar mi argumentación. No lo hago por alarde de erudito sino, como dice Montaigne en sus ENSAYOS: Si cito a los otros es para expresar mi propio pensamiento en forma más elegante.

Dirá usted que la ley estableciendo la enseñanza laica es reflejo de la voluntad del Congreso, que, a su vez, encarna la ley de la nación. Habría mucho que decir sobre esa IDENTIDAD de poderes y en esto usted coincidirá conmigo. Nuestro pis es católico en su casi totalidad, ¿de cuando las minorías, en un régimen democrático como el nuestro, tienen derecho a imponerse?

Los usureros de todos los linajes –escribió un teólogo- reclaman siempre a voz en cuello títulos y documentos. Los juristas les dan esta respuesta: UN MALIS PROMISIS. Por su parte, nosotros los teólogos declaramos que las cartas dirigidas al Diablo no tienen ningún valor, aunque estén escritas y selladas con sangre; pues lo que va contra Dios, contra la justicia contra natura, es inválido y nulo. ¿Cuándo habrá un príncipe suficientemente enérgico para intervenir con valor y romper todos estos títulos?'

Cabe añadir que la Ley de Educación Común, declarando laica a la escuela argentina fue aprobada por el Congreso en virtud de una maniobre parlamentaria. Tuvo el proyecto un trámite tortuoso e irregular que colocó a muchos legisladores en la disyuntiva de tener que aceptar la escuela laica o votar por un proyecto que cercenaba funciones educacionales a las provincias; o sea que, ni aún desde el punto de vista de la letra de las leyes, la de Educación Común fue fruto de autentica mayoría del Congreso.

5. – MATERIALISMO EN LA VIDA ARGENTINA

Roca y Juárez Célman son las dos figuras cumbre de la oligarquía argentina. Lo son, además, de aquel liberalismo antirreligioso con que las clases burguesas de Europa procuraban desviar a las masas obreras de sus problemas propios, tratando de conducirlas a una encrucijada *'LIBREPENSADOR'.* En lugar de hablar mal de los capitalistas había que enseñar a esas masas a que hablara mal de los frailes. La revolución liberal que, en 1848, agitaba a Europa, había demostrado a los políticos del viejo mundo que era una verdad la inquietud de Tocqueville cuando señalaba que las pasiones del proletariado, que habían sido siempre de carácter político, adquirían un tinte social. Carlos Marx había escrito el *'Manifiesto Comunista'.* Los políticos burgueses alarmados, entregaron el sufragio universal, que les permitió, mediante el engaño dividir a los pueblos por medio de los partidos políticos, retrazar hasta nuestros días la solución del problema social, pues las masas obreras cayeron en el engaño de creer que por las luchas de partido iban a encontrar el camino de su liberación, cuando, en realidad, reforzaban el sistema capitalista al asegurarle al régimen político liberal una nueva posibilidad de seguir subsistiendo. Posteriormente, la lucha entre monarquistas y republicanos, mas tarde la de separación de la Iglesia del Estado, y otras cuestiones similares, constituyeron cortinas de humo para cubrir la realidad de que, en el seno de la vieja sociedad europea, existía un terrible problema, aquel que habían planteado siglos atrás los campesinos alemanes y que había sido desvirtuado por la herejía luterana, que lo transformó en guerra de religión, y que, ahora, bajo el sufragio universal, se lo derivaba a cuestiones diversas, pero capaces de distraer a las masas y hacerles perder el sentido efectivo de la cuestión verdadera que le interesaba resolver.

Ese carácter oportunista de la política europea no es concebible por los políticos argentinos de fines del siglo pasado, que admiran pazguatamente a las grandes figuras del gobierno y pensamiento de Europa, y creen que solo se mueven por principios e ideas; y es así como, en un país católico, sin problemas religiosos, por puro espíritu de imitación, se impone la ley contraria a todos los elementos esenciales que pueden contribuir a forjar su nacionalidad; tarea tanto mas necesaria esa de nacionalizar al país, cuanto, bajo los gobiernos de Roca y

Juárez Célman, se asiste a la llegada de corrientes inmigratorias extraordinarias, que arriban con su *'nostalgia de la patria lejana',* para ser gobernados por hombres que sienten la *'nostalgia de las patrias ajena'.* Mas, la profecía de Navarro viola se cumple. La inmigración, impulsada por todos los medios, invade al país, determinando un acrecentamiento vertiginoso de la riqueza pública, por lo menos en la apariencia engañadora de las grandes especulaciones con el valor de la tierra; para esa locura especulativa sirve admirablemente el inmigrante, y la oligarquía lo aprovecha. Sus antecesores tenían cierto heroísmo y honestidad, pero sus epígonos sólo procuran la riqueza personal. Inmigración que arriba sin discriminaciones ni planes; obras publicas a diestra y siniestra; concesiones de servicios públicos onerosos; ferrocarriles tendidos por el esfuerzo nacional que son entregados a capitales extranjeros en negociaciones turbias, con regalos de millones de hectáreas de tierra y beneficios garantidos por el Estado: todo ese progreso se mide con el alza de valor de los campos del litoral asiento de la oligarquía, cuyos magnates derrochan los pesos así adquiridos en los cabarets de París.

Nadie advierte que el ferrocarril empobrece a algunas de las provincias donde llega; nadie ve el drenaje que el país sufre con los servicios financieros de los capitales extranjeros (en mucho ficticios) como en el caso de los ferrocarriles y aún en algunos empréstitos que el país recibió en mercaderías sobrevaluadas; nadie advierte que la exportación de cereales deja un saldo insignificante y sujeta la economía nacional al discrecionalismo de voluntades exteriores. En 1887, el general Roca, hablando en Londres, dice: *'La república Argentina, que será algún día una gran nación, no olvidará jamás que el estado de progreso y prosperidad en que se encuentra en estos momentos, se debe, en gran parte, al capital inglés, que no tiene miedo a las distancias y ha influido allí en cantidades considerables, en forma de ferrocarriles, tranvías, colonias, explotaciones mineras y otras varias empresa'***.** Esas palabras reflejan algo que, es como un dogma para la oligarquía gobernante, pero que, históricamente, es un error profundo. Por ese aporte el país pagó un precio enorme, dejando morir sus posibilidades manufactureras y dejando morir… su moral. Años mas tarde en 1933, el hijo del general Roca, en otro banquete en Londres, agrega:*'La Argentina es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del imperio Británico'***.** Poco antes, en una plaza de Buenos Aires, se levanta un monumento a Canning, el gran político Inglés que dejó trazada la acción a seguir para que nuestra economía legara a ser parte del Imperio Británico. Lo que no ven los hombres de la oligarquía es que el país pierde jerarquía de Nación, aunque tenga la de Estado; lo que no ven es que sin personalidad nacional y sin independencia económica la política es un mito. Ni ven, ni pueden verlo. Por eso Julio argentino Roca dice en Londres con orgullo una ignominiosa verdad. En 1908, Juan B. Justo escribía:

'Muchos de los grandes terratenientes ignoran aun donde tienen sus posesiones compradas al precio irrisorio de cuatrocientos pesos la legua, y hoy valen mas de doscientos mil. La obra de la burguesía consistió en valorizar su tierra por medio de concesiones, de ferrocarriles garantidos. Han hecho propaganda inmigratoria pagando agentes en Europa con el dinero del pueblo para atraer obreros que cultivaran sus campos y rebajar sus salarios, hecho posible con el aumento de brazos disponible'.

La oligarquía cree trabajar por el progreso del país, pero su acción se orienta hacia la satisfacción de sus propios intereses. Porque el país no se enriqueció. Lejos de ello, desapareció de la circulación su metálico y cuando pudo llegarse a un régimen monetario estable, fue sobre la base de una estupenda maniobra que desvalorizó el peso hasta dejarlo en 0.44 centavos oro, porque así convenía a los terratenientes, enemigos siempre de un peso moneda nacional valorizado. El crecimiento de la producción, sin embargo, acumular metálico, pero los saldos del trabajo anual no permitieron elevar el *'standard'* de vida del trabajador y nada digamos de las masas depauperizadas del interior, de las que nadie se acordó nunca que existieron. En 1884, al clausurarse el Congreso Católico, José Manuel Estrada decía:

'Si hay o no, señores, en las alturas del gobierno una conspiración concientemente dada a desarrollar el programa masónico de la revolución anticristiana, no es punto para discutirse. ¡No estaríamos aquí si la apostasía de los gobernantes no hubiera estremecido de indignación a los pueblos! Si hay o no premeditada usurpación cesárea de los derechos de Dios y de los derechos nacionales, dígalo por mí la crónica del año, en que un gobierno insensato ha atropellado a la vez la inmunidad de las iglesias, la dignidad de la enseñanza, la

libertad de conciencia, la fe de los padres, la inocencia de los niños, la libertad electoral, la independencia de las provincias; nuestros derechos de cristianos y nuestro derecho de argentino'.

Era la de Estrada la voz de la auténtica argentinidad la voz de la historia que, en aquellas jornada del predominio de la oligarquía, levantaba su trono acusador para decir la verdad de una patria que, en nombre de la '*poderosa evolución del siglo, con fe en la ciencia y en el progreso humano'*, como decía Miguel Cané – que no sabía ninguna ciencia-, renunciaba a su razón de ser como nación y como nacionalidad.

Hemos dicho que la profecía de Navarro Viola, en su carta a Roca, se cumplió, y es así, en efecto. La moral media entró en quiebra. El país, que había conservado en la organización de la familia y de la sociedad normas de virtud cristiana, se vio sacudido por una ola de materialismo que lanzó a todas las clases sociales a las especulaciones en la bolsa, en la tierra, en la compra venta de mercaderías. Las fortunas se comenzaron a hacer y deshacer con velocidad cinematográfica, y la audacia y la inescrupulosidad se impusieron. Aparecieron los negociados, como los del puerto de la capital, la venta de obras sanitarias. Los ferrocarriles nacionales fueron enajenados porque algunos, como el oeste, tenían, según dijo el Ministro Gonnet, tarifas más bajas que los ferrocarriles británicos –en este caso el sur- lo que era contrario *"a la justicia".* Para peor, como la oligarquía tenía que sostener a un partido oficial artificioso para asegurar sucesiones indeseadas, no podía realizar política de economía, de restricción y prudencia, sino por el contrario, se constituyó en el primero en facilitar créditos a los *"puntos"* del partido, de manera que la obra efectiva de la oligarquía puede bien sintetizarse con las palabra Terry, uno de los ministros de hacienda, -hombre honorable por cierto, debido a lo cual no fue santo de la devoción de la misma-, quién expresó que pueblo y gobierno entraron a trabajar denodadamente para hundir al país, aunque hundirlo en medio de fastuosas obras públicas, buenos puertos y muchos ferrocarriles.

Lógicamente, en estos lustros, la política pasa a segundo plano. En el interior, el criollo auténtico había sido domado por la miseria, y los centros poblados la preponderancia del elemento extranjero actuaba como aceite en el oleaje político, de manera que la oligarquía pudo hacer mangas y capirotes de la democracia, confirmándose una vez mas la realidad señalada por Harold Laski de que, en el fondo del sistema liberal, no existe sino el régimen capitalista; es decir, la explotación del hombre por el hombre, en una sociedad individualista, materialista, en la que triunfa el egoísmo, la obsecuencia, la audacia y, sobre todo, la falta de escrúpulos. La sociedad argentina, que hasta 1880 mantiene sus virtudes tradicionales, y en la cual las jerarquías no están dadas por el dinero, sino por la sangre, por los antecedentes, por elementos todos de orden moral, deja paso a una nueva concepción: las jerarquías se miden en pesos moneda nacional. Los que advierten que el camino de su liberación no está en el sufragio sino en una especulación feliz, se desentienden, como hemos dicho de la política, facilitando la supervivencia de la oligarquía, y el país pierde su alma; y la pierde a tal punto que se hace conciencia nacional la incapacidad del criollo para el trabajo. Nadie advierte que en esa indolencia del hombre interior hay toda una filosofía y una protesta, que mantiene un fondo insobornable de hondo sentido tradicional, que constituye la única posibilidad de que Argentina alcance a ser lo que debe ser y de ser un plagio más o menos feliz, pero plagio a final de cuentas. No es tarea fácil, porque aún predomina en la mayoría el peso de conceptos materialistas sobre la vida; y esta es, en Argentina, algo que demanda poco esfuerzo, de forma que el dolor, gran constructor de pueblos, parece extraño a su existencia. Pero, con todo, no se puede negar que el país ha comenzado a andar por la buena ruta, aunque lentamente, y que el resurgimiento, de la argentinidad que comienza a avizorarse desata resistencias exteriores que habrán de ser de extraordinario beneficio.

5.- SUPERVIVENCIA DE LA DEMOCRACIA POPULAR.

En medio del cuadro que el país presenta a los ochenta años del pronunciamiento de 1810, cuando todo parece perdido, en aquella locura de riqueza y miseria, a que han conducido a Argentina lo hombres *"ilustrados"***,** cuando Juan B. Justo podía escribir: '*lo que no pudieron los ejércitos lo ha podido entre tanto el capital Inglé'***,** bastó un articulo valiente, escrito en *"La Nación'***,** por un joven, Francisco Barroetaveña, poniendo de relieve la conducta de quienes preparaban un homenaje a Juárez Celman, para que se reunieran personas de

distinto origen político, dispuestos a defender el sentimiento de la democracia popular y, sin comprenderlo, el espíritu de la argentinidad en su pura línea hispanista. Se reúnen aquellos que representan mejor lo popular, es decir, descendientes de destacadas figuras del viejo partido Federal Rosista, como Leandro Alem o Hipólito Yrigoyen, o '*Rosistas'* tan netos como Bernardo de Irigoyen, así como jóvenes de abolengo porteño en cuyos hogares no ha penetrado la disolución de la hora. Los elementos católicos responden al llamado y tampoco es sordo al mismo el General Mitre, quien a pesar de ser siempre más partidario de los acuerdos, que de las consultas populares, ve con espanto cómo se han encarrilado las cosas para conducir al país a la ruina. Tiene el movimiento que entonces se inicia un fondo imperceptible de nacionalismo, aunque parezca que surja sólo como protesta contra el electoralismo oficialista y contra los negociados que enlodan la política nacional. En uno de los mítines con que este nuevo movimiento se presenta, habla José Manuel Estrada, que pinta de mano maestra la situación de la patria.

'Mas no veo en la época afrentosa a que llegamos –dice-, ni en los que usurpan el derecho de una ambición de poder que los haga dignos de cotejo con Quiroga, ni en los desposeídos del derecho, energía para resistir que los haga dignos del nombre y de la gloria de sus padres. No veo sino bandas rapaces, movidas de codicia, la más vil de todas las pasiones, enseñorearse del país, dilapidar sus finanzas, pervertir su administración, chupar sus substancias, pavonearse insolentemente en las más cínicas ostentaciones del Fausto, comprarlo y venderlo todo, hasta comprarse y venderse unos a otros a la luz del día. Veo más. Veo un pueblo indolente y dormido que abdica sus derechos, olvida sus tradiciones, sus deberes y su porvenir, lo que se debe a la honra de sus progenitores y al bien de la posteridad, a su estirpe, a su familia, a si mismo y a Dios, y se atropella en las bolsas, pulula en los teatros, bulle en los paseos, en los regocijos y en los juegos, pero ha olvidado la senda del fin, y a todas partes menos donde van los pueblos animosos cuyas instituciones amenazan desmoronarse carcomidas por la corrupción y los vicios. La concuspicencia arriba y la concuspicencia abajo. ¡Eso es la decadencia! ¡Eso es la muerte! ¡Bendita la adversidad que desacredita oligarquías corrompidas y corruptoras, y disipa los sueños enervantes de los pueblos! Y ya que la ruda experiencia ha descubierto el fango bajo los esplendores de la riqueza, y el corazón del argentino bajo el pecho del especulador visionario, al bendecir la adversidad aprovechamos sus enseñanzas para limpiar y redimir la república. Queremos ante todo, RESTAURAR LAS INSTITUCIONES POLITICAS, RECOBRAR NUESTROS DERECHOS…'

Este movimiento determinó la titulada '*Revolución de 1890'* que fracasó en sí misma, vendida por algunos de sus participantes, pero provocó la caída del gobierno. Juárez Celman dejó el paso al vicepresidente, Carlos Pellegríni, quién, con habilidad extraordinaria, logró, mediante aquel sacrificio de uno de sus miembros, salvar a la oligarquía, que siguió en el manejo de la cosa pública. Pero las líneas habían sido trazadas, y es así de como, a consecuencia de estos acontecimientos, surge la '*Unión Cívica Radical'***,** o sea, la fracción dirigida por hombres de entronque con el '*Partido Federal'***,** que habría de ser bandera del movimiento argentino democrático popular, con un tono nacionalista. No interesan las vicisitudes en virtud de las cuales este movimiento quedó bajo la jefatura de Hipólito Yrigoyen, declarando la abstención electoral hasta que la ciudadanía no hubiera alcanzado la auténtica libertad de sufragio, aunque dispuesto a lograr esa conquista por métodos revolucionarios. Los demás elementos que entraron en la conjunción que hizo la revolución '*del 90'***,** o fueron captados por la oligarquía o abandonaron la política. Mitre mismo, por su espíritu conciliador, consecuencia de que no creía en el sufragio, aunque si optó por retirarse cuando comprobó el fracaso de su tesis.

Una de las grandes figuras de la oligarquía -Carlos Pellegrini- en las etapas finales de su vida: comprendió gran parte de los errores cometidos y entró a creer que el sufragio bien practicado podría ser salvador. Otra figura destacada de aquel oficialismo, el Dr. Joaquín V. González advierte, en 1910, que frente a las demandas obreras, que entonces comienzan de manera agresiva, ya no bastan los poderes de policía, y logra organizar el Departamento Nacional del Trabajo, pero se necesitó .la llegada a la presidencia de la nación del Dr. Roque Sáenz Peña, descendiente de antiguos federales, hijo del autor del patriciado que resistió entregarse a la oligarquía, para que la ciudadanía argentina conquistara una ley que le aseguraba la libertad de votar y elegir. No fue extraña a esta conquista la acción, entre bambalinas, de *la 'Unión Cívica Radica!'*, y, sobretodo, la de su jefe, Yrigoyen.

La *'Unión Cívica Radical'* surgió con un mal de fondo. Hemos dicho que el error fundamental del liberalismo consiste en no dar importancia sino a las cuestiones de gobierno, sin advertir que las de orden religioso y social tienen mayor trascendencia. El radicalismo surge como movimiento liberal, de manera que se encerró en la defensa de los principios de la democracia representativa hasta olvidar los demás problemas del país, creyendo que bastaba la conquista: del voto para liberarlo de los males de la oligarquía. No comprendían sus dirigentes que el liberalismo implicaba la oligarquía con voto libre o con fraude, como lo demostró el propio radicalismo que, al quedar sin Irigoyen, termina en nuestros días defendiendo los más perfectos ideales burgueses y capitalísticos. Lo curioso de este proceso es que Yrigoyen no es auténticamente liberal.. Cree en el sufragio, haciendo de él, que no es más que un medio, un fin, pero cuando alcanza el gobierno impone una política de tipo nacionalista que desata contra su persona los ladridos de toda la jauría político- liberal azuzada por el capitalismo financiero internacional. Es posible que sin la tenacidad de Hipólito Yrigoyen la república hubiera tardado mucho más tiempo en alcanzar a constituir una democracia efectiva en lo que se relaciona con las formas exteriores de la misma, pero es lo cierto, también, que la generosidad con que la oligarquía accedió a entregar el gobierno al voto popular obedeció en gran parte a lo mismo que determinó en Europa el auge del sufragio universal, después de la revolución de 1848: a sacar el problema social obrero de su quicio y distraerá las masas con otro juguete. Para ello resultaba, no siendo enemigo el radicalismo, que se prestaba sin doctrinas concretas sobre las cuestiones sociales, económicas, religiosas, educacionales, etc.

Hemos dicho que la ley aseguró las formas exteriores de la democracia, porque, en efecto, si bien la economía de la misma asegura la legalidad del sufragio emitido por el ciudadano, lo controla de tal manera que puede afirmarse que hace imposible: la 'elección de aquel a quien. los *'manager'* políticos hayan resuelto eliminar de la función pública. En efecto, la Ley Sáenz Peña no sanciona el voto individual sino el voto de partido, y mediante el sistema de lista incompleta reconoce, además, la existencia de una minoría, aunque el número de sus votos sea pequeño, hasta lo ridículo. El sistema de lista incompleta no determina que los legisladores electos lo sean en proporción al número de votos obtenidos. Cualquiera sea el que tenga la lista de mayoría y aunque no tenga más que un voto la lista de minoría, el número de legisladores de cada una está fijada por la ley. Las listas, además, no surgen del pueblo, sino del seno de los partidos políticos reconocidos y, en éstos, de los cabildeos del caciquismo enquistado en ellos como consecuencia ineludible del sistema.

Mediante el mismo, el espíritu de la constitución, como dicen sus admiradores, fue violado, en más de una ocasión, en componendas de oficialistas y opositores, distribuyéndose cargos, pues la minoría siempre permite al oficialismo, ofrecer a los jefes opositores el poder seguir actuando en el Parlamento. Es así como, en síntesis, el pueblo no vota por quien quiere sino que, el día de los comicios, se encuentra con que, por lo menos,.ya le han elegido los nombres entre los que tiene que elegir. Con todo, la ley Sáenz Peña significó un progreso extraordinario en la práctica de la democracia liberal en Argentina. En los primeros comicios realizados bajo su imperio, en 1912, se vio, aún dentro de la consiguiente desorientación de la ciudadanía, el auge de las tendencias antioligárquicas. Federico Pinedo (padre) al conocer el resultado de esas elecciones, declaró: *'Los viejos partidos han sido completamente vencido'.*

Los autores de ley creyeron que la misma daría motivo a la organización de grandes fuerzas políticas, mediante las cuales la opinión pública se atomizaría, de manera que el problema social que agitaba las entrañas mismas del país, quedaría relegado; lo que ocurrió en mínima parte, pues no se formaron los partidos esperados, sino que la ciudadanía se dividió en dos bloques: el conservadorismo, quien, al efecto, se disfrazó con trajes tradicionales, para aparecer como un núcleo argentinizante de la política argentina; señalando entonces el peligro extranjero –no el de los capitalistas, sino el de los inmigrantes-, y vindicando como elementos propios la gloria de sus próceres impuestos por la escuela del estado en la mentalidad nacional; y el radicalismo, que combate este pasado, sin analizar a estos próceres, porque también ha sido conquistado por la mentira histórica, por lo cual no comprende la paradoja de elogiar a Alberdi y atacar a la oligarquía, pero que se presenta como expresión de la verdad popular, sin distinción de jerarquías sociales. El conservadorismo, gastando en el gobierno, presenta muchos figurones pero ninguno caudillo; el radicalismo se presenta con nombres desconocidos, pero con un caudillo efectivo, un caudillo forjado por el alma popular más que por él mismo, pues la mayoría ni siquiera

conoce retratos suyos. La técnica del misterio, no preconcebida sino fruto de una manera personal de ser, se impone. Ese caudillo es Hipólito Yrigoyen.

Yrigoyen aparece en Argentina como la encarnación misma de la democracia, y, con motivo de la Ley Sáenz Peña sale de la oscuridad casi misteriosa en que ha vivido siempre y en la que ha mantenido a su partido, para concurrir a los comicios. Es un hombre singular, de bella figura, tipo señorial que impone respeto. Ofrece las características, virtudes y defectos, del caballero cristiano, tal como lo ha visto García Morente, pero sofrenado por una posición filosófica que, por cierto, recibe a través de España: el krausismo. Basta esta circunstancia para explicar muchos aspectos de su vida y de su actuación. Por esa causa, el radicalismo en sus manos se trueca en algo místico. Del alma de las masas emana una fe y un sentimiento que tiene sabor religioso. Logra dotarlas de un fervor que tiene mucho '*irracional'*, y que termina por hacer de Irigoyen –que no habla y apenas se presenta en público- un enorme mito.

Hemos dicho que era krausista y recibida esa corriente de España. En efecto, el krausismo es introducido en España alrededor de 1850 por Julián Sanz del Río, y alcanza tal difusión que se lo considera uno de los causantes de la instalación de la República de 1872. Entre sus secuaces españoles figuran Emilio Cautelar, Nicolás Salmerón, Gumersindo Azcárate, Francisco Pi y Margal, Giner de los Ríos, Canalejas, etc. magnífico conjunto de personalidades, llenas de patriotismo y de capacidad, que, por sus desviaciones ideológicas, sólo hicieron mal a España, inducidos por afanes de imitación de cosas e instituciones de otros pueblos, en uno tan capaz de construir los propios.

El krausismo es una doctrina ecléctica, mezcla de materialismo y espiritualismo, sobre bases panteístas. Es sobretodo una ética, pero que conduce a una moral seca, de tipo protestante. Para el krausista la humanidad es '*la expresión de la esencia divina, bajo el carácter de armonía, sin predominio o exclusión'.* Este concepto conduce, políticamente, al de la igualdad democrática, al derecho universal, al amor, entre los hombres y entre los pueblos, a la paz permanente y a la formación de pueblos hasta que llegue el día de que todos se junten entre si para formar uno sólo. Pero Irigoyen es un hombre de la, tierra, no es un intelectual, y eso hace que mientras los políticos españoles, intelectuales todos, procuren realizar el krausismo en protestante, o sea, en contra del sentir español, Irigoyen tiende a hacerlo en católico. Además, lo repetimos, Irigoyen no es liberal. En él tiene vigencia lo nacional, por lo cual no es partidario de la separación de la Iglesia del Estado, ni del divorcio, ni de la enseñanza laica; principios que ataca no como creyendo -él tiende más a la teosofía y al espiritismo- sino como político. Cuando la legislatura de la provincia de Santa Fe reduce la significación de la Iglesia en la organización del Estado, Yrigoyen señala a su correligionario, el Dr. Menchaca, que gobierna la provincia, el inconveniente de tal resolución. Y la nueva constitución provincial es vetada. Por eso el radicalismo yrigoyenista realiza una acción nacionalista de notoria influencia en la vida política del país.

Irigoyen llega a la presidencia de la nación en la primera elección libre en que toma parte el pueblo argentino, en 1916. Desde principios del siglo habían comenzado en el país los movimientos que indicaban fermentos de protesta en los sectores obreros, los que llegaron a un punto que condujeron a la oligarquía a dictar la '*ley de residencia'* que permite sin proceso, deportar a los agitadores extranjeros, pues se dio en decir que las demandas obreras eran protestas artificiales provocadas por agitadores profesionales foráneos. Cuando, muerto don Roque Sáenz Peña, entra a gobernar el Dr. Victorino de la Plaza, se inicia un período violento de huelgas. Abundan razones para que así ocurra. Jornadas de trabajo abrumadoras, sueldos insignificantes, viviendas indignas en los '*conventillos',* o casas de inquilinato, han ido creando en la masa obrera un sentimiento de rebeldía que aumenta ante las persecuciones policiales de que son objeto sus dirigentes. Para el gobierno, y para los ricos, los huelguistas con criminales. Los tiempos habían cambiado sin que la oligarquía lo advirtiera. Un diputado socialista había actuado en el Parlamento poniendo sobre el tapete la importancia de las cuestiones obreras, pero recién con la ley electoral Sáenz Peña la cuestión se concreta. Nuevos diputados socialistas dan carácter novedoso a las sesiones del congreso, porque plantean cuestiones hasta entonces extrañas al cuerpo, aunque lo hacen, con una visión limitada, sin sentido nacional, en base a pura imitación de cuanto se ha realizado en otros países. Y llega Yrigoyen en 1916. Para las masas, que lo han votado con fervor, es el momento de las grandes reclamaciones y, en efecto, se producen, pero la policía recibe órdenes de no intervenir para destruir los sindicatos ni terminar las huelgas, que estallan por

todas partes, pues disminuida la presión externa la interna tenía que manifestarse. En oportunidad de una huelga ferroviaria que coincidía con .la Exposición Ganadera .Anual de Palermo, un grupo de representantes de la Bolsa, la Industria y el Comercio, visita a Yrigoyen para exponerle la situación angustiosa creada por el conflicto obrero. Yrigoyen tiene conciencia de que es justa la reclamación de los huelguistas, pues las empresas, con el pretexto del aumento del precio del carbón, les han rebajado el sueldo en tres ocasiones y aumentado las horas de servicio; comprende también los perjuicios que causa la huelga, entre otros, el enflaquecimiento de los animales que se encuentran en la Exposición, por falta de forrajes. *'¿Y qué solución tienen ustedes -pregunta- para estos males?'* Alguno responde que hay que poner maquinistas de la armada en los trenes, colocar tropas en las vías y estaciones, o sea, aplicar la fuerza para terminar con el conflicto. Yrigoyen pronuncia entonces palabras históricas:

'¿Es ésa la solución que ustedes traen al gobierno de su país; es esa la medida que vienen ustedes a proponer al gobierno que ha surgido de la entraña misma de la democracia, después de treinta años de predominio y privilegio' Al escuchar estas palabras los visitantes se miran con estupor. Yrigoyen continúa: *'Entiendan, señores, QUE LO PRIVILEGIOS HAN CONCLUIDO EN EL PAIS, y que, de hoy en más, las fuerzas armadas de la Nación no se moverán sino en defensa de su honor y de su integridad; no irá el gobierno a destruir por la fuerza esta huelga, que significa la reclamación de dolores inescuchado',*

'Cuando ustedes me hablaban de que se enflaquecían los toros en la Exposición Rural, yo pensaba en la vida de los señaleros, obligados a permanecer veinticuatro horas, treinta horas manejando los semáforos para que los que viajan, para que las familias, puedan llegar tranquilos y sin peligro a los hogares felices; pensaba en la vida y en el régimen de trabajo de los camareros, de los conductores de tren a quienes ustedes me aconsejan que los substituya por las fuerzas del ejército, obligados a peregrinar a través de las dilatadas llanuras, en viajes de cincuenta horas, sin descanso, sin hogar'. (Manuel Gálvez, Vida de Hipólito Yrigoyen).

Estas palabras produjeron estupor entre la oligarquía y el gran capitalismo. Fiel a ellas, inició Yrigoyen la legislación obrera y el cumplimiento de algunas leyes sociales que apenas se consideraban o eran encubiertos los infractores por los inspectores del Departamento del Trabajo. Pero, falta en Yrigoyen un concepto integral del problema. Procede más por filantropismo que por doctrina, pero es notorio que a él se debe el comienzo de una acción social en el país, que dejó un sedimento del que no pudieron desprenderse los gobernantes que le siguieron. Nos hemos referido al carácter nacionalista del yrigoyenismo. En efecto, Yrigoyen vuelve a la buena tradición -por cierto rosista- que asigna a la política internacional una importancia mayor que la interna a los fines de afirmar el sentido de la nacionalidad. Le toca en suerte las contingencias de la primera guerra mundial, y defiende con tal gallardía la soberanía argentina, dispuesto a permanecer neutral en el conflicto, que afirma con su actitud un sentido nuevo del Estado Argentino. La oligarquía puja para poner el país a las órdenes de Inglaterra y los Estados Unidos, pero Yrigoyen, desafiando todos los inconvenientes, sobretodo el de una prensa íntegramente contraria -puesto que vive de los 'avisos' del capitalismo importador de mercaderías- logra mantener esa neutralidad; y logra más, pues cuando Alemania hunde barcos argentinos obtiene actos de desagravio a la bandera nacional. En esos días, Yrigoyen hace afirmaciones americanistas de extraordinario valor. Su sentido de los valores tradicionales lo hace declarar fiesta nacional el 12 de octubre, bajo el título de *"Día de la Raza"*, y al referirse a España, dice en el decreto: '*progenitora de naciones, a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento'.* ¡He ahí las bases de todo movimiento argentinista!

Dice Manuel Gálvez: '*Hay en Yrigoyen una mezcla de patriotismo, de americanismo, de hispanismo y de fraternidad universal. Su patriotismo no es excluyente. Allí donde hay un dolor, allí está él para contribuir a su alivio. ¿Padece hambre la ciudad de Viena, a consecuencia de la guerra? El presidente Yrigoyen envía un proyecto al Congreso concediendo un préstamo al municipio de la capital austriaca, que es invertido en abrigos y alimentos. ¿Comarcas enteras de Rusia -que ya es .la Rusia de Lenín perecen literalmente de necesidad? Yrigoyen solicita del Congreso un préstamo de cinco millones de pesos que ese país reembolsará sin intereses, cuando pueda hacerlo'.*

Su americanismo no es el de los Congresos Panamericano sino real. Comienza por afirmar la soberanía de todos los estados del continente. Llegando el crucero argentino *9 de julio* a Santo Domingo, que había sido invadido por el *'demócrata'*presidente Wilson, con tropas norteamericanas, advierte que en la ciudadela no está la bandera dominicana, sino otra, por lo cual deja de hacer los saludos de práctica. Las autoridades preguntan al jefe de la nave la causa de conducta tan insólita, y responde: *'Tengo orden del señor presidente de la República de saludar a la bandera de Santo Domingo; pero como no es esa que veo en el Fuerte, debo abstenerme de todo salud'.* La noticia cunde, un grupo de mujeres preparan una bandera dominicana y la levantan en un mástil improvisado, Y entonces los veintiún cañonazos de la nave argentina saludan a la histórica enseña de Santo Domingo.

En la *'Liga de las Naciones'* Yrigoyen no admite que las grandes potencias dominen. Es antiimperialista. Para él no hay pueblos grandes ni chicos, sino pueblos; y prefiere abandonar el recinto de la Liga antes de tranzar con una organización que le parece injusta.

Del punto de vista económico es Yrigoyen quien procura nacionalizar el petróleo, lo que justifica en base a una estructuración doctrinaria concreta. En 1920 dice al Congreso:

'EI Estado debe adquirir una posición cada día más preponderante en las actividades industriales que reposan principalmente a la realización de los servicios públicos, y si en alguna parte esas actividades deben substituirse en lo posible a las aplicaciones del capital privado, es en los países de desarrollo constante y progresivo, como el nuestro, donde el servicio público ha de considerarse principalmente como instrumento de gobierno'.

Fue Yrigoyen uno de los hombres más discutidos de la historia de Argentina, con la curiosa característica de que muchos de los que fueron sus correligionarios desertaron de sus filas, y muchos de los que fueron sus enemigos lo comprendieron después de desaparecido, al considerarlo separado de su Partido.

Muchos más hechos ejemplares se pueden agregar como expresión del carácter particular del primer gobierno de Yrigoyen. Actúa indistintamente con directivas que responden al ser mismo de la nacionalidad. Cuando Yrigoyen se opone al divorcio dice que *'amenaza conmover los cimientos de la familia argentina en su faz más augusta',* y agrega: *'El tipo ético de familia que nos VIENE DE NUESTROS MAYORES ha sido la piedra angular en que se ha fundado la grandeza del país; por eso el matrimonio, tal como está preceptuado, conserva en nuestra sociedad el sólido prestigio de las normas morales y jurídicas en que reposa. Toda innovación en ese sentido puede determinar tan hondas transiciones que sean la negación de lo que constituye sus más caros atributo'*. En esta oportunidad Yrigoyen sienta una doctrina constitucional que no ha sido analizada como merece. Niega que el Congreso tenga autoridad suficiente para reformar instituciones de tan vital importancia como la familia, y dice que sólo puedan hacerlo los poderes constituyentes. Es una lección excepcional de derecho la que dicta al expresar:

'No basta que el matrimonio esté regido por el Código Civil para llegar a la conclusión para ser susceptible de modificarse en su esencia por simple acto legislativo. Base, como he dicho, de la sociedad argentina, que la Constitución organiza con determinados caracteres y que llega hasta fijar condiciones de conciencia al Jefe del Estado, es ante todo una organización de carácter institucional que ningún representante del pueblo puede sentirse habilitado a modificar sin haber recibido un mandato expreso para ese objeto'.

Con actos y declaraciones de este tipo se fue forjando una doctrina que el partido radical no tenía, pues Yrigoyen, durante los largos años en que su partido se mantuvo en la abstención electoral, estuvo también en la abstención doctrinaria. La conducta de Yrigoyen en el gobierno, sus ideas, sus reacciones, son personales, no pertenecen a la doctrina del partido y, por consiguiente, muchos de los mas destacados miembros del mismo no están de acuerdo con él, pues en la *'Unión Cívica Radical'* hay librecambistas y proteccionistas, liberales y reaccionarios, tradicionalistas y *'comunistoides'*, creyentes y ateos, obreros y capitalistas, terratenientes y arrendatarios, es la expresión de la Argentina, se dice, y ello es verdad en cuanto al número, pero no a las ideas. Y el número es el cáncer del radicalismo, que cree ciegamente en el sufragio. El propio Yrigoyen es una contradicción viviente: es jefe de un partido liberal y abjura a cada momento del liberalismo para realizar su acción obrerista, espiritual, tradicionalista y nacionalista. Este equívoco es una de las grandes

victorias de la oligarquía. La rivadaviana inculcó el despego de España; la posterior a Caseros, el odio a Rosas, pero se da el caso de que el argentino que no resuelva por el camino de la verdad esos dos problemas históricos, no encontrará nunca el de su patria, porque la historia es un saco vacío al que hemos llenado de hechos, sino que los hechos tienen un valor que no pueden cambiar eternamente el juicio apasionado de los hombres. Yrigoyen ha salvado el equívoco rivadaviano, pero no el de la oligarquía conservadora, que desde la escuela ha logrado elevar a la categoría de próceres máximos a todos los que trabajaron por sus intereses, e Yrigoyen no es capaz de romper con tales mitos. Llega al gobierno demasiado anciano, además, para aquella tarea singular, y no se escapa a su comprensión que en el propio partido abundan los *'galerita'* –como llamó a los que estaban mas cerca de la oligarquía que del pueblo- aunque, en el fondo de su entendimiento, conservó la ilusión de que todo habría de resolverlo el sufragio universal libremente practicado. Como buen krausista, creía, más de lo debido en la bondad del hombre y, por consiguiente, más de lo conveniente en el comicio.

Juan B. Justo, refiriéndose al radicalismo dijo: '*Hoy mismo el partido popular por excelencia, que tiene en esta Cámara (la de Diputados) una representación más numerosa que la nuestra (la socialista), y que ha reunido el mayor número de votos auténticos, lo único que sabe es que la moral es buena'.*

6.- EL RADICALISMO SE TRANSFORMA.

De 1916 a 1930, en que el país es gobernado por hombres de la '*Unión Cívica Radical',* o del radicalismo -como se le conoce popularmente- ocurren una serie de hechos de singular importancia. Las luchas políticas quedan: circunscriptas a los radicales y los conservadores, que se reúnen bajo el rótulo de '*Partido Demócrata Nacional'* en casi todas las provincias, salvo Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos, donde la oligarquía actúa bajo el rótulo de '*Partido Demócrata Progresista'.* Posteriormente, se produce la unión de ambas fuerzas, quedando el '*Partido Demócrata Progresista'*limitado a Santa Fe, con el Dr. Lisandro de la Torre como '*líder'*, y con el carácter de una fuerza liberal similar a la del radicalismo francés, pero, en el fondo, de tipo conservador, aunque el juego de los acontecimientos, muerto de la Torre, ha ido llevando a esta fuerza a una posición equívoca, partidaria de la organización de frentes populares de acuerdo a la táctica comunista, aunque lo integran buen numero de capitalistas. Electoralmente no significa nada. Pero del radicalismo de la época de Irigoyen tampoco queda nada después de 1930, salvo el título y los retratos de Alem e Yrigoyen, disputados por todos los bandos en que el movimiento se divide, al mismo tiempo que la masa popular es totalmente absorbida, en nuestros días, por el *"Partido Peronista"*, o sea el movimiento que encabeza el general Juan Perón.

En este cuadro merece señalarse el hecho de que los dirigentes radicales que, en 1930, permanecieron fieles a Yrigoyen se encuentran, en su mayoría, en el '*Peronismo'*. Pero no adelantemos los acontecimientos.

El radicalismo surgió llevando consigo una contradicción que no supo resolver nunca, ni podía hacerlo, porque su verdadera misión en la historia del país no fue otra que amalgamar al conglomerado de argentinos legales que, hijos de la inmigración, no podían quedar aislados de las luchas políticas, desde que con tanta generosidad se les había otorgado una nacionalidad a la que no podían aspirar ni por la raza, ni por las tradiciones, ni muchas veces por el idioma o la religión. La oligarquía que fomentó la inmigración no tardó en comprender lo que iba a ocurrir y, por eso, mientras dejó plena libertad para la acción económica restringió la política; los hijos de la inmigración adquirieron títulos universitarios, amasaron fortunas o las recibieron de sus padres, y se vieron, sin embargo, detenidos cuando se trató de alcanzar altos cargos de la función pública. Para esa masa, que logra gravitar de manera .decisiva en el país, no había otro ideal que el sufragio libre. Era lo único que la unía. Lo demás le era extraño. ¿Qué tenía que ver con el pasado argentino? ¿Qué le importaba la historia de los federales y los unitarios? Lo lógico era, además, que esa masa comprendiera a Rivadavia y no a Quiroga; que entendiera a Juárez Célman, que había atraído a sus padres, y no a Rosas. Nada lo vincula a un pasado del cual se había encargado la oligarquía de separarlo por intermedio de la enseñanza de una falsa historia del país; falsa en cuanto los únicos próceres son los unitarios y los que proclamaron los ideales antinacionalistas de la oligarquía.

Los hijos de la inmigración integran la clase media argentina y cuando llega la hora de votar; porque la Ley Sáenz Peña hace obligatorio el voto y asegura la verdad del mismo, esa clase media se vuelca en el radicalismo, y el movimiento los absorbe y los argentiniza, pero ellos desargentinizan al movimiento. En efecto, para la mayoría de aquellos hombres, la *'Unión Cívica Radical'* no es sino el peldaño que les permite escalar posiciones, y es un peldaño cómodo, porque no tiene ideas. La *'Unión Cívica Radical'* no ha tenido más preocupación que la de llegar al gobierno, sin interesarse por su capacitación a fin de afrontar los problemas políticos, sociales y económicos fundamentales. Se puede pensar de cualquiera manera y ser radical. La consecuencia fue que, esa masa, formada en una Argentina materialista, en una Argentina en la que el dinero es la ganzúa que abre todas las puertas o la escala que permite alcanzar todas las jerarquías, logró imponerse en momentos que ese hedonismo de la vida nacional hizo que las clases sociales altas, de abolengo patricio, perdieran el sentido de sus obligaciones sociales, provocando una verdadera y vertiginosa transformación de la estructura social argentina.

Terminado el período presidencial para el que había sido elegido Hipólito Yrigoyen, fue sucedido por Marcelo T. de Alvear, que hizo un gobierno de tipo conservador, grato a la oligarquía, por sus rectificaciones de la política de su antecesor. Para Yrigoyen, que representaba la tradición argentina, que venía a resolver una cuestión histórica, su gobierno tenía una tarea *'reparadora'*. En su mensaje presidencial de1922 dice:

'Hemos venido a las representaciones públicas acatando los mandatos de la opinión y estimulados por el deber de reparar dentro de nuestras facultades y en la medida de la acción del tiempo, todas las injusticias morales y políticas, sociales y positivas, que agraviaron al país durante tanto tiempo. Por eso no habremos de declinar, en ningún caso ni circunstancia, de tan sagrados fundamentos, porque ellos constituyen la salud moral y física de la Patria'.

Pero durante la abstención electoral del radicalismo, el país había cambiado de fisonomía sin que Yrigoyen lo advirtiera, y su partido, que no estaba movido por ningún sistema claro de ideas, tenía que contradecirse consigo mismo a cada cambio de dirigentes. Así, mientras Irigoyen retorna a cierto tipo de nacionalismo económico, como el que Rosas había iniciado en 1835, su sucesor sigue las vías liberales de la oligarquía, porque Alvear fue un liberal conservador. Surge así una división del radicalismo que se titula *"antipersonalista",* título que es un ataque al gobierno personal del partido por Yrigoyen, porque entre las muchas necedades que el liberalismo inculca a las masas una de ellas es ésta de oponerse a que el Presidente de la Nación, por ejemplo, sea jefe de un partido. Se explica que tal idea predominara cuando se trataba de nombres como Roca o Juárez Célman, que se sostenían en base a un régimen electoral de ficción, pero no tratándose de partidos que alcanzan el gobierno por el camino de la verdad electoral. Lo mismo ocurre con la reelección presidencial. Se explica su prohibición en una Constitución hecha por quienes acababan de salir de una dictadura y bajo un régimen de mentira comicial, pero carece de sentido político liberal-democrático cuando las mayorías auténticas son las que determinan quien deba gobernarlas. Es la oligarquía, que ha violado en cuanto le ha sido posible tales principios, quien los esgrime contra Irigoyen, a fin de evitar su continuación en el gobierno, y es la oligarquía la que se entrega al*"antipersonalismo",* que comienza a sustituir al partido conservador, mediante pactos y concordancias; determinando una transformación curiosa de los radicales que llegan, en nuestros días, en su lucha contra el *'partido peronista'* -que reconoce a Irigoyen como su eslabón de enlace con el pasado argentino- a transformarse en la fuerza política de la oligarquía desplazada. Y entonces se oye a diputados radicales gritar irritados contra todo revisionismo histórico y utilizar contra Perón la misma táctica, las mismas palabras, la misma forma de actuar que utilizaron los conservadores contra Yrigoyen, en 1929 y 1930.

Hemos dicho que la gran función histórica que cupo al radicalismo fue, dar jerarquía política a los argentinos legales, hijos de la inmigración. Agreguemos que, las dos grandes guerras europeas, al detener, felizmente para el país, la corriente inmigratoria, determinaron la destrucción de los cuadros de las colectividades; el tiempo hizo que llegaron a la edad electoral los hijos de los hijos de aquellos primeros inmigrantes y, tras ellos, los nietos, de forma que el país asiste, en los últimos años, por la acción de fuerzas ajenas a toda acción de gobierno, a una argentinización creciente de sus masas, fenómeno auspicioso que hace surgir un sentimiento nacional, al que contribuyó en gran forma la actitud de Argentina

permaneciendo neutral durante esas dos guerras, y a lo que también contribuyeron, de manera efectiva, dos revoluciones salidas del ejército nacional.

7.- LA REVOLUCION DE 1930.

En las elecciones de 1928 volvió a triunfar Hipólito Yrigoyen. Estaba demasiado adentrado en el corazón de las masas, que habían intuido su liberación a través de su nombre, para que las maniobras de la oligarquía radicalizada que gobernaba pudieran imposibilitar su triunfo. Pero el hombre que vuelve es un anciano que tiene que afrontar las consecuencias de la crisis económica mundial, resultado de las fracasadas ilusiones capitalísticas de la post guerra. Su partido, por otra parte, ya no es el de 1916. Se han elevado dirigentes que no tienen otro propósito que ganar posiciones y riqueza. El materialismo de la vida argentina no ha podido ser extirpado y, en el fondo, los afanes especulativos subsisten. A este envilecimiento del partido contribuyen en gran forma esos argentinos nuevos, que no pueden sentir, por mucha voluntad que tengan, aquellos elementos históricos sin los cuales la nación no existirá nunca. La función pública ha servido a muchos para escalar posiciones sociales que no están dispuestos a abandonar por cuestiones de ideas. Pero, en el cuadro no todo es lúgubre. En él hay muchos rasgos luminosos, hay muchos que tienen fe efectiva en Yrigoyen, que practican su austeridad -es un ejemplo viviente de ella- que sienten como él la patria; y hay entre ellos, hijos de extranjeros y hasta extranjeros, sedimento de futuro que constituye la obra más efectiva de Yrigoyen. Pero ahora el que va a fracasar es él, es el hombre.

La revolución del 6 de Septiembre de 1930, que lo derriba, encabezada por el general José Félix Uriburu, constituye un suceso de esencial trascendencia en la historia política argentina. Es mirar las cosas superficialmente verla como un retorno de la oligarquía, una maniobra de capitales extranjeros, una acción premeditada de orden político interno. Ni sus actores de primer plano saben qué hilos misteriosos mueven este acontecimiento. La revolución se inicia dando vivas a la democracia -pues el radicalismo ha caído también en el fraude electoral y ha violado la ley Sáenz Peña en Córdoba, Mendoza y San Juan-, pero termina afirmando, por intermedio de la '*Legión Cívica'*, ideales antiliberales. Y no es que los hombres sean farsantes, sino que la historia la hacen los hombres, pero no siempre le fijan su destino.

Yrigoyen hizo renacer algunos elementos fundamentales de la personalidad nacional del argentino, y eso, que es su gloria, fue su ruina. Porque hay algo que fracasa el 6 de septiembre de 1930. Los testigos de aquel acontecimiento, no cegados por pasión al juzgarlo, saben que la adhesión popular al mismo fue extraordinaria. La jura del nuevo gobierno, el 8 de septiembre, llevó a la Plaza de Mayo una multitud como no se recordaba nada semejante en la historia del país. No hubo resistencia en ninguna parte. Los gobiernos radicales de las provincias se entregaron a simples pedidos telegráficos. Es que el radicalismo había terminado su misión y lo hacía envilecido en muchas partes por el amor al fausto de los puestos públicos, por el olvido de que no bastaba llegar al gobierno sino que era necesario gobernar, y hacerlo no consistía en más o menos, obras públicas, en administraciones más o menos honestas, sino en modificar la estructura moral y espiritual de la vida argentina.

Somos hombres de un origen y, por consiguiente, con una posición. Al hispano-americano le interesa la política como medio para un fin de manera que su culto al sistema representativo, al voto libre, a la democracia, son en él secundarios. Al hombre de los pueblos hispanos le interesan las instituciones cuando comprueba para qué sirven. Los políticos que no entienden a su pueblo suelen decir que el hispanoamericano carece de educación democrática. ¡Grave error! Se trata de pueblos que, como hemos demostrado en estas páginas, tienen un sentido democrático ancestral, y no creen, por consiguiente, en que para que sea efectiva se necesiten organismos determinados. Creen que es más útil que se la practique. Nunca ha creído el hispanoamericano que un diputado sea representante del pueblo, siempre ha, creído que lo representaba el caudillo. El afán de acomodar la mentalidad del criollo a la del norteamericano en materia política es vano. El hombre hispanoamericano es, además, conservador. No aspira a la creación de órdenes nuevos, sino a perpetuar y desarrollar lo viejo, lo que le pertenece de antaño. Por eso todos los grandes caudillos americanos son hombres de la tierra, sin ideas extranjeras, tradicionalistas por excelencia. Nada más curioso que el fracaso del socialismo en América y, en particular, en Argentina; a pesar de que supo reunir a su frente un grupo de políticos ilustrados y llegó a tener una organización

ejemplar, termina electoralmente aliado a la burguesía conservadora y oligárquica -al no comprender al *'peronismo'*- por juzgarlo con mentalidad liberal-burguesa. El pueblo argentino no aceptó nunca la ideología del *'Partido Socialista',* aunque lo votara algunas veces por la posible eficiencia de sus hombres en los menesteres administrativos. El origen del PARTIDO SOCIALISTA, en Argentina se encuentra en, emigrados alemanes; posteriormente se estructuró con elementos de la clase media y su mentalidad fue, siempre pequeña burguesa, por lo cual se explica su vinculación con el socialismo francés o con el belga, cuyo líder, M. Vandervelde, tuvo influencia sobre sus camaradas argentinos. No .se debe olvidar que Bélgica es la sede de la SOFINA, trust de servicios públicos argentinos -hoy rescatados por el país-, lo que explica que sus socialistas no fueran muy partidarios de que los nuestros socializaran ciertas cosas, determinando la oposición socialista a la nacionalización del petróleo, en época de Irigoyen. En 1948, para oponerse a la reforma de la Constitución nacional, el Partido Socialista declaró que el hecho conspiraba contra la estabilidad de los capitales. Semejante desviación es la prueba más acabada de la imposibilidad de la subsistencia de la doctrina socialista en el país, cuando en manos de sus propios adalides termina proclamando principios netamente burgueses; pero se trata de un fracaso instructivo, porque en el fondo de la política hispanoamericana se debate desde hace más de medio siglo un hondo problema social, que es el que determina la tensión existente entre la persona humana y el orden político vigente en la mayoría de los países del continente, problema social que el socialismo ha denunciado sin lograr, a pesar de ello, que las masas le sigan. Porque intuyen más peligroso el remedio que la enfermedad y sienten que ese remedio pertenece a una farmacopea extraña. Aunque surgido en oposición al sistema liberal, el socialismo es hijo directo del liberalismo, lo que determina la imposibilidad en que se. encuentra para comprender el sentimiento tradicionalista de las masas americanas, que achaca a oscurantismo, reaccionarismo, falta de cultura cívica y otras paparruchas propias del arsenal de charlatanería del siglo XIX, no en balde denomina *'el siglo estúpido'* por León Daudet. Es ese sentimiento de lo tradicional el que determina que las masas argentinas sigan a Yrigoyen y no a Lisandro de la Torre ni a Juan B. Justo que, indudablemente, poseían mayores dotes que aquel, pero que no estaban vaciados en el molde racial en que aquel lo había sido. Los caudillos en América siempre son prototipos de la raza; sus virtudes y sus defectos son españoles y, en mayor o menor grado, encarnaron siempre el ideal hispánico de vida, desde Bolívar a Porfirio Díaz, desde Rosas a Francia, desde Portales a Yrigoyen, desde García Moreno a Perón.

Pero ese tradicionalismo de las masas de los pueblos hispánicos es de una vitalidad asombrosa, pues es de su esencia un amor entrañable por la libertad. La historia política argentina se riega con sangre de las multitudes gauchas que mueren en las montoneras defendiendo su instinto innato de la libertad. Cada acto de opresión ha hecho crecer el sentimiento de hostilidad al opresor, y así, el drama de la historia de Argentina independiente surge de la opresión con que la minoría mercantil y extranjerizante de Buenos Aires .pretende oprimir al país. Pero el hombre hispánico tiene otra característica: y es su devoción por los gobiernos eficientes. Sabe y siente la necesidad de que alguien gobierne, y gobierne bien, y lo haga con todos los poderes, pero no quiere que ese gobierno se meta en sus cosas, aunque admite lo haga en las cosas del vecino. De ahí la imposibilidad de los dictadores de dar satisfacción a ese amor a la libertad sin mantener una eficiencia cada vez mayor en la función pública a fin de mantenerse en ella. Dice Cecil Jane, que ha visto con talento este aspecto de la vida política americana: *'Las dictaduras, en su comienzo, han sido generalmente bien recibidas, como la terminación del desorden; y el dictador ha sido aclamado como el salvador de la sociedad y como el salvador del ideal del gobierno eficiente. Las gentes se han conformado con inmolar algo de la libertad que tanto aprecian en aras de una eficacia que aprecian más todavía: su propio idealismo les ha llevado, por el momento, a resignarse con una casi desfavorable extensión del Poder ejecutivo. Pero en cuanto el dictador ha cumplido el propósito inmediato para cuya .realización ha sido nombrado, surge casi inmediatamente una reacción. Es como si la conciencia política del pueblo se hubiese dormido durante el desorden, y reviviese tan pronto como el desorden desaparece'.*

Cuando Yrigoyen vuelve por segunda vez al gobierno ocurre que las ambiciones de*"los doctorados"*, hijos de la inmigración, se han realizado; han entrado a formar parte de todos los grupos sociales del país, conviven con la oligarquía muchos de ellos y algunos de los dirigentes de la primera hora tienen *'estudios'* en que las empresas extranjeras dejan la defensa de sus intereses. Irigoyen retorna a seguir la política que ha comenzado en 1916 y

debe enfrentar, por de pronto, la enemistad de todos aquellos ex correligionarios que se siguen denominando radicales, pero que nada tienen que ver con el para aumento de males, aunque Irigoyen no lo sabe, sus procónsules hacen política en el peor sentido de la palabra, pues llegan hasta el fraude electoral, mientras en el Congreso los diputados del partido actúan en una obsecuencia que no se explica ante la acción inoperante del jefe, y cuando su actuación gubernamental es lenta, sin color, propia de un hombre enfermo, anciano, mal rodeado, y en medio de una crisis mundial a la que no puede poner remedio. El pueblo ha tolerado todo a Yrigoyen. Ha intervenido provincias cuando ha querido, ha despreciado al parlamento cuando lo ha creído conveniente, y se lo ha admitido confiando en su eficiencia como gobernante. En su segunda presidencia esa eficiencia no existe. Para el historiógrafo o sociólogo liberal, todas las manifestaciones de la vida contemporánea que surgen como consecuencia del fracaso del liberalismo son manifestaciones *'fascistas'*. Las anteojeras que se colocan para observar la realidad dan a las cosas el tono de los cristales, y en el caso se trata de cristales opacos. El *"fascismo"* es un hecho histórico característico de una civilización en crisis, y sea bajo ese u otros nombres y aún bajo la apariencia de una mentira democrática, persiste y persistirá como expresión del carácter absorbente del Estado moderno, lo cual no es fruto de la ambición de nadie sino del fracaso de las fórmulas anteriores. La última guerra, hecha, según se dijo para destruir al *'fascismo'* y al *'nazismo'* fortificó la posición del *'comunismo'* ruso, expresión de totalitarismo mucho más aguda que la combatida en Alemania; e Inglaterra, bajo el gobierno laborista, no da señales de que los poderes del Estado se aflojen en ella, sino por el contrario, cada día se refuerzan con tendencia más totalitaria. Pero el liberalismo pretende que con una declaración general de repudio basta para que lo que considera democracia se imponga de nuevo.

Es así como, al juzgar la Revolución de 1930, los escritores liberales se refieran a una reacción de la oligarquía conservadora unida a militares de mentalidad *'fascista'*, lo cual puede ser dicho en un periódico, pero no en libros. En 1930 lo que ocurre en Argentina es que el proceso social iniciado en 1853 y el proceso político que culmina en 1880, han recorrido sus últimas etapas y, bajo sus directivas, el país no puede continuar desenvolviéndose. El radicalismo ha hecho, además, por su acción gubernamental, que también haya fracasado el sufragio libre. Es la de 1930 una Revolución de alto sentido histórico en cuanto demuestra la profunda perspicacia con que la argentinidad se adelantó a otros países en la labor de romper con un pasado que oprimía y materializaba. Fracasa, en cuanto a sus objetivos directos, pero no en cuanto a sus consecuencias mediatas, pues sin ella no habría existido la revolución de 1943 y, lo que es más importante, no habría existido el tipo de conciencia popular que se necesitaba para el triunfo de esta última.

No es un hecho falso, gestado en camarillas, el que encabeza el general Uriburu, espíritu patriota a quien le faltó salud para dar a su obra otro rumbo que el que tuvo, sino un acontecimiento de singular relieve, porque lo que sigue hasta 1943, arrastrándose, es un sistema que ha sido definitivamente derrotado el 6 de septiembre, y que el 4 de junio de 1943 no existía más que con una apariencia de fortaleza. El pueblo recibe a Uriburu como un salvador, y cuando lleva a colaborar con su gobierno a representantes del conservadorismo oligárquico, ve en ellos a hombres capaces de gobernar. Por eso los tolera y hasta admite cierto cercenamiento de sus libertades. Pero como la crisis continúa y los nuevos gobernantes no demuestran una eficacia mayor, pronto se reduce el despego y hasta el repudio. Llega así el general Agustín P. Justo al gobierno. Para que tal cosa fuera posible fue necesario que el gobierno revolucionario vetara la candidatura de Marcelo T. de Alvear, y el radicalismo decretara la abstención. La muerte de Yrigoyen da lugar, en aquellos días, a una demostración de duelo que dice que las masas se arrepienten de haberlo abandonado en la hora difícil, porque los que han venido tras él no han sido más capaces ni han asegurado más libertad. Sin embargo, el veto a Alvear no determina ningún movimiento de masas, porque éstas no le quieren; saben que ha estado contra Yrigoyen, saben que el gobierno ha representado una tendencia contraria y el general Justo, al final de cuentas, ex ministro de Alvear significa lo mismo, y llega con el agregado de hombres jóvenes, algunos salidos del socialismo, de manera que, como lo que se desea es la rápida terminación del gobierno revolucionario *'de facto'*, Justo alcanza la presidencia sino en base a popularidad por lo menos observado con confianza. Su gabinete se hace con radicales, conservadores y .socialistas independientes, es decir, con radicales que no tienen escrúpulos en gobernar junto a representantes de la oligarquía, compartiendo responsabilidades en la defensa de los intereses de ésta, que es la principal beneficiaria de ese gobierno. Pero no se trata de la oligarquía de 1890. La de ahora no es de políticos, sino de capitales extranjeros, los cuales no tienen interés en luchas internas y se las han arreglado de manera de tener influencia en

todos los partidos, de forma que, gobierne quien gobierne, sus intereses quedan a salvo. Cabe hacer una excepción con un ministro de ese gobierno, Antonio de Tomaso, hombre joven, con conciencia del verdadero problema del país, que inició una acción legal anticolonialista digna de elogio. Murió prematuramente. Los que creemos que la historia la hacen los hombres, presentimos que su temprana desaparición prolongó hasta 1943 la existencia del régimen con el que colaboró por el juego de los acontecimientos y por errores de doctrina, de las que había adjurado en sus últimos días. Tras Justo seguirá Roberto M. Ortiz, llevando como vicepresidente a Ramón Castillo, neto conservador de viejo cuño oligárquico, y el partido *´'Unión Cívica Radical'* agregará a los retratos-banderas de Alem e Yrigoyen, el de Alvear, sancionando de esta manera su conversión en un elemento útil para la oligarquía, que reparte las mayorías y las minorías legislativas con habilidad suficiente para que todos los dirigentes alcancen puestos de jerarquía.

La segunda guerra europea llena los últimos años de este período, y los políticos todos, sin visión alguna de argentinidad, trabajan dispuestos a entregar el país a los Estados Unidos, bajo el equívoco de que ya no es imperialista, sino que practica la 'buena vecindad' y lucha por la democracia en todo el mundo. Nadie recuerda a Sandino; nadie recuerda lo que la influencia de Wall Street hace para que la democracia hispanoamericana continúe siendo una burda mentira, porque todos esos políticos están directa o indirectamente, atados a los grandes intereses financieros que desde el exterior mantienen la mediatización de Argentina. La política nacional se trueca entonces en una cosa sórdida, despreciable. La oposición grita por una calle mal pavimentada, pero se da de brazos con el oficialismo para llevar el país a una guerra extraña a sus intereses, como posteriormente lo demostraron los hechos. Menester es reconocer que, en aquella circunstancia, el patriotismo de un hombre, políticamente equivocado, pero puro -nos referimos al Dr. Castillo- salvó al país, con su defensa de la neutralidad, de inmensos males.

8.- CRISIS SOCIAL Y POLITICA.

Los gobiernos de Justo, Ortiz y Castillo transcurren en medio de una crisis social y política muy seria. Los partidos políticos son observados por la ciudadanía como madrigueras de aventureros o de indeseables, a las cuales rechazan unirse los hombres nuevos. El proceso político iniciado después de Caseros, que alcanza su culminación en 1880, ha fracasado, como ha fracasado el proceso social consiguiente. El Congreso Eucarístico Internacional, realizado durante el gobierno del general Justo, revela al mundo de como, a pesar de cuanto se ha hecho para producir lo contrario, el pueblo argentino es religioso; o sea, mantiene vivo el elemento esencial de su posible salvación. La comprobación de la verdad de estos hechos basta para demostrar que la Revolución de 1930 tuvo mayor contenido histórico del que dejan suponer ciertas crónicas interesadas o interpretaciones apasionadas. Coincide, además, con acontecimientos trascendentales de la vida europea, que dan paso a un tipo de nacionalismo particular, siendo así como, bajo la influencia de esté juego de factores, surge de la Revolución de 1930 una corriente de singular manera de ser y contenido. En efecto, los descendientes de las viejas clases sociales conservadoras, a los cuales no se les ofrecen las mismas perspectivas que a sus antecesores en la carrera política, advierten, con espanto, la cantidad de nombres extranjeros que predominan en los cuerpos políticos del país y toman una actitud defensiva, que el gobierno de la revolución favorece, y que resulta un poco de la imitación de formas foráneas que, entonces, sobretodo en la Italia de Mussolini, adquieren prestigio. Surgen así distintas expresiones de un nacionalismo en cierto sentido puramente intelectualista, pero cualquiera fueran los móviles de sus gestores, es lo cierto que sirvieron para agitar el fondo tradicionalista, fortificando el sentimiento de patria y contribuyendo a la revisión del pasado nacional. Todos estos movimientos, son originariamente, antirradicales, sobretodo antirigoyenistas, a pesar de que, en lo esencial, sus idearios antiliberales los acercan a Yrigoyen, pero no perdonan la destrucción de jerarquías en que el gran caudillo ha caído con el pretexto de la democracia. En efecto, sin quererlo su labor se ha traducido en transformar al pueblo en masa, y a su amparo, el caciquismo político se ha nutrido con nuevos tipos de la especie, forjadores de *'trenzas'* electoralistas y apañadores de cualquier cosa, que ha subalternizado la política y la función pública. Pero también es verdad que ese repudio al yrigoyenismo obedece a falta de sentido social en aquel nacionalismo incipiente, que tiene carácter intelectual, no de masas, y que es, tan antiliberal, que hasta se proclama antidemocrático.

En la misma proporción que el desprestigio de los partidos políticos aumenta, crece el prestigio del nacionalismo, que afirma afanes de argentinización que ganan el favor de muchos sectores donde comienza a levantarse la bandera de la hispanidad, aún por hombres de ascendencia no hispánica. Felizmente, fuera de la inmigración española, cuyos hijos pueden identificarse con el criollo puro por la absoluta comunidad espiritual que los hace de una misma nacionalidad, la más importante contribución demográfica es italiana, o sea, la de un pueblo católico, vinculado a España a través de la historia y cuyos descendientes están en condiciones de penetrar en el alma misma de los elementos hispánicos de nuestros orígenes. Frente a este movimiento, los partidos políticos no atinan a otra cosa que a pedir leyes de defensa de la democracia, y a bautizar a los enemigos con los motes de *'nazi'" y 'fascistas',* sin esgrimir una sola idea para destruirlos, pues las únicas efectivas contra las formas totalitarias son de orden religioso, y el liberalismo, a pesar de que sin saberlo es una teología, no quiere saber nada con la teología.

El movimiento nacionalista se fortifica con el gobierno del Dr. Castillo y determina una sucesión de hechos curiosos, que revelan la profunda desorientación en que se debate la política argentina del momento. En efecto, el Dr. Castillo, para sostener su política de neutralidad, encontró apoyo en representantes de la oligarquía social argentina que, agitada por la prédica nacionalista, dejó hablar los sentimientos tradicionalistas hasta entonces adormecidos en ella. Es claro que junto a ello se deja ver un sentimiento clasista de tipo antidemocrático, pero predominan en ella sentimientos de tipo nacional que no ha tenido cuando, durante la primera guerra mundial, ha combatido la política de neutralidad de Yrigoyen. En aquel entonces, la mentalidad colonialista predominó en ella. Bajo el gobierno del Dr. Castillo ocurre que esa mentalidad es fortificada por los partidos populares: el radicalismo y el socialismo. El radicalismo, renunciando a la tradición internacional de Yrigoyen, denuncia a la neutralidad como expresión de "nazismo". Apegado a las fórmulas y a las frases, como buen partido liberal, y perdido todo sentido de sus elementos tradicionales, el radicalismo actúa en esta circunstancia al servicio de intereses foráneos, vislumbrándose ya que su destino será defender los intereses de las clases conservadoras y capitalísticas, dentro de un aparente "izquierdismo", de tipo puramente verbal y electoralista, que lo ha hecho la oligarquía roquista y juarista. Lo que ocurre al mismo tiempo que en esa oligarquía -en cuanto a sus componentes con genealogía nacional conocida, vinculados a actividades nacionales y sin contacto con capitales extranjeros- surgen iniciativas tendientes a desvincular al país depresiones foráneas.

Estos hechos no han sido aún bien aclarados. Cuando se habla de la oligarquía se vinculan elementos que deben ser separados, pues no cabe confundir la social con la financiera, ni colocar en el mismo nivel, al argentino ganadero, por ejemplo, con el argentino de la misma clase, abogado o dirigente de empresas extranjeras. Es así como la política de neutralidad que sigue el Dr. Castillo adopta medidas de orden económico tan importantes como el cierre del Mercado a Término, la intervención del Estado en la negociación de los cereales y la carne, la fortificación de la Corporación de ganaderos, el comienzo de la creación de la marina mercante nacional, es decir, medidas que tienen un tono clasista, pero también nacionalista, que no contempla el problema social argentino sino desde el ángulo de los que poseen, pero de los que poseen en el país y aspiran a dar fin al colonialismo en que esa economía se debate. A todo lo cual lo empujan las corrientes nacionalistas, que no se destacan por su número, sino por su fuerza de ataque al liberalismo, cuyas doctrinas son analizadas hasta forjar convicciones firmes y conversiones sensacionales. Tal la del Dr. Manuel A. Fresco, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires y la más alta personalidad del "Partido Demócrata Nacional", quien sale a la calle y desde la tribuna pública abjura de su pasado político, denuncia los errores del liberalismo, afirma la urgencia de volver al país a los carriles de sus elementos tradicionales y reconoce lo que Hipólito Yrigoyen había representado en la historia argentina. Pero lo más importante es que Fresco asigna al nacionalismo una función de carácter social al afirmar que la función esencial del mismo debe consistir en elevar a las masas sumergidas, tesis que habrá de constituir una semilla no lanzada en vano a la comprensión de los olvidados por todos, en estos tejemanejes de la política nacional.

Todos los hombres de avanzada son siempre extremistas, y es notorio que el nacionalismo no se vio libre en el país de esa dolencia característica de los períodos infantiles de toda ideología. En los años a que nos referimos el país adquiere conciencia del fracaso del programa de 1853 y el de 1880, pero también del de 1912, o sea, el de la Ley Sáenz Peña, ya que el radicalismo no ha respondido a lo que de él se esperaba, porque supeditó todo a lo

estrictamente partidario, es decir, a lo político, sin realizar la obra de vivificación de los elementos espirituales de la nacionalidad, base esencial de toda auténtica renovación de la vida del país. Yrigoyen había puesto sobre el tapete la necesidad de reelaborar los elementos propios de la nacionalidad, pero era necesaria la presencia de mentalidades antiliberales para que esa labor pudiera ser efectiva, por que la verdad es que el liberalismo había sido el nervio de la desnacionalización que la república sentía roerle el alma, como un cáncer fatal. Los antiliberales realizan la labor de esclarecimiento, pero el extremismo los conduce a adoptar posturas antidemocráticas, sin comprender que lo que está en juego no es la democracia, sino la forma liberal de la misma, por lo que se produce el absurdo de que del seno de los partidos populares no salga un sólo líder nacionalista de jerarquía, porque en ellos se ha producido una absurda identificación entre lo liberal y lo democrático, entre los principios y las instituciones, que los colocan fuera de la realidad del país y del mundo cuando, en 1943, las fuerzas del ejército derriban la situación reinante.

Por su parte, aquel nacionalismo no supo encontrar su formula política, porque en la mayoría de sus adalides se quedó en un tipo de '*Revolución restauradora*', llena de valor literario, pero sin sentido en la calle, donde, además de la restauración de los valores tradicionales había hambre de una revolución social que terminara con una constitución desigual de la sociedad argentina. Tan es así que, cuando la revolución se produce, el 4 de junio de 1943, su fracaso habría sido absoluto sino hubiera contado en sus filas con un hombre excepcional, el entonces coronel Juan Perón, que comprende que la restauración no consiste en volver a los usos y costumbres de un pasado más o menos cercano, sino en situar al hombre de hoy, al argentino de hoy, en una posición verdadera respecto al problema fundamental del ser, como hombre: el de la PERSONA HUMANA. El liberalismo nunca se interesó por, tener un concepto sobre el hombre y por ello careció de un concepto sobre la libertad y la justicia, porque, en realidad, un concepto sobre el hombre no puede surgir nunca exacto de una doctrina política, sino de una doctrina religiosa. El coronel Perón comprende que los partidos políticos argentinos han terminado definitivamente su vida, advierte que el problema social debe ser encarado de nuevo y no en base a concesiones al socialismo, como ha venido haciendo el liberalismo, incapaz de concepciones propias y, sin elucubraciones intelectualistas '*a prior*', por el camino de la acción y la observación, logra encauzar un movimiento que no puede ser sino de masas, pues no se puede esperar que el país abjure de la noche a la mañana de los errores acumulados en casi dos siglos de desorientación cultural, a cuyo frente coloca principios eternos, como base de una formación doctrinaria enraizada en el alma misma de la nacionalidad.

9.- FRACASO DE LOS EXTREMISMOS.

Nos hemos referido al hecho singular de que el Partido Socialista sólo alcanzara alguna significación electoral en Buenos Aires -ciudad portuaria y, por consiguiente, de constitución mental más meteca que el resto del país- y cabe agregar que el movimiento comunista no ha logrado significación alguna, fuera de su influencia sobre reducidos grupos extranjeros y semi intelectuales. Y es que se trata de doctrinas extremistas extrañas al ser nacional y, sobre todo, a los valores históricos del mismo. Tienen éstos hechos singulares gran significación en la historia de las ideas, políticas. Por de pronto constituyen una confirmación más de la inconsciencia de la interpretación marxista de la historia, pues no debe escapar el hecho de que el socialismo y el comunismo también han fracasado, en su labor expansionista, en los Estados Unidos, nación de tal desarrollo industrial y capitalístico que, en ella, como en ninguna otra, se han dado las condiciones mínimas necesarias para, según Marx, pasar al régimen socialista; lo cual ha ocurrido, en cambio, en dos de las naciones capitalísticamente más atrasadas: Rusia y China.

A comienzos del siglo, un destacado miembro del socialismo belga -Henry de Man-al confesar su desilusión ante las comprobaciones que demostraban la endeblés filosófica y científica del marxismo, advertía que el capitalismo americano no había nacido de la depauperación de las masas, como el europeo; siendo fruto de la colonización individual, de manera que no tuvo la necesidad de adaptarse a formas tradicionales de la estratificación social del feudalismo y del monarquismo, pudiendo, por el contrario, desarrollarse, desde el primer momento, en un ambiente de igualdad política y moral. Si esta observación de Henry de Man es exacta, no lo es menos que el desarrollo del capitalismo en los pueblos hispanoamericanos, además de no alcanzar el grado de desarrollo logrado por los Estados Unidos, tuvo lugar en un ambiente de igualdad moral tan extraordinaria que nunca, bajo ningún punto de visto, la acción de los

obreros en defensa de sus intereses adquirió caracteres que pudieran considerarse como de lucha de clases. En lo que a la Argentina se refiere, la igualdad política y moral -herencia irrenunciable de su formación religiosa- constituye un fundamento jurídico vinculado a la realidad del sentimiento nacional.

Las consecuencias de semejante manera de ser se reflejan en la historia de los movimientos extremistas. Ante todo se trata de movimientos de imitación, importados del exterior por inmigrantes europeos.

Si advertimos el proceso de las luchas sindicales en la Argentina comprendemos que no se lucha contra el capitalismo porque gana mucho, sino porque utiliza sus riquezas de tal manera que las transforma en instrumento de dominación, lo que choca contra el sentido de la igualdad jurídica y moral que nos viene por la historia, y no admite que exista poder material alguno que coloque a nadie en condiciones jurídicas inferiores. El trabajador hoy, como el gaucho de las montoneras ayer, cuando, se levanta con sus caudillos contra la burguesía mercantil que todo lo quiere dominar con un sentimiento de superioridad que carece de sentido cristiano, responden a intereses de clase no a lucha de clases, pues ni el obrero está contra el capitalista ni el gaucho contra el burgués, sino que ambos están contra el uso que ambos quieren hacer del predominio social que estiman haber conquistado. Por eso las masas argentinas no siguen al Partido Socialista en su crítica a la sociedad capitalista, y la literatura marxista de Juan B. Justo no logra nuevos afiliados, pero la realidad obliga a su Partido a aburguesarse en un conjunto de administradores de bienes comunales, con visión reducida, de tipo municipal, ante los problemas nacionales, que de vuelco en vuelco, termina defendiendo puntos de vista ultra conservadores con un apego a los principios más puros de la Economía Política liberal-capitalista que podría resultar cómico, sino fuera, como es, ridículo. Por su parte, el comunismo, con el pretexto de la táctica oportunista, se sostiene hasta con la proclamación permanente de un patriotismo que llega a manifestaciones de tipo normalista y realiza todas las muecas necesarias a fin de disimular que se trata de un grupo que obedece ordenes de Moscú, y hacer creer a MOSCU que, en el país, significa algo más que el analfabetismo filosófico y científico de algunos dirigentes que presumen de poseer una definida y clara posición científica y filosófica.

Si ambos movimientos han tenido, en determinadas circunstancias, algo que pudiera hacer caer en error sobre su fortaleza, ha sido consecuencia del endiosamiento del proletariado en que cayeran los ideólogos políticos de la propia burguesía, frente al éxito que el socialismo obtenía con su crítica al capitalismo. Los errores del sistema fueron puestos al descubierto, como es notorio, por pensadores socialistas, lo que les dotó de un arma de extraordinaria eficiencia dialéctica, frente a la cual, el liberalismo no encontró otra salida que mimetizarse de más obrerista que nadie. Con lo que se creó el mito obrerista, sin lograrse, en América, los triunfos de Europa, por la sencilla razón de que en nuestro continente, existen proletarios pero no se han dado las condiciones para afirmar que existe un proletariado, es decir, una clase permanente y hereditaria, como diría de Man, de inferioridad social.

Para nosotros, la experiencia liberal termina, en el campo político argentino, en 1930, con un notorio fracaso para resolver los problemas vitales del hombre argentino. Es ese un año eje en la crisis del capitalismo internacional. En lo sucesivo, con más o menos acierto y eficacia, el Estado se ve obligado a intervenir para poner algún orden en el mercado, todo lo cual determina .una crisis del pensamiento político argentino, el cual, unido estrechamente al del viejo mundo, procura fórmulas salvadoras por imitación. Nace entonces el movimiento nacionalista y no se desarrolla el socialismo ni el comunismo porque ninguno de ellos está en condiciones de comprender lo que comprenden algunos pensadores jóvenes del surgen te nacionalismo, o sea, que el problema a resolver no es una cuestión de sistema económico o de formas de gobierno, sino .de sentido de la vida. Es el nacionalismo quien comprende que la fuente de los males consiste en una deformación tal de lo que debe entenderse por naturaleza humana, que lo esencial es comenzar por restablecer la verdad objetiva. Con lo cual, la cuestión se trueca en un problema de orden religioso, puesto que al serlo de orden moral no tiene soluciones si se prescinde de la posición del ser en el cosmos.

Mas, paralelo a este nacionalismo y, a veces, confundiéndose con él, se desarrolla un movimiento de masas jóvenes que, por las circunstancias internacionales, unido a la conciencia de que es necesaria una transformación integral del estado, cae, por imitación, en formas extremistas de tendencia totalitaria, lo que detiene el desarrollo del nacionalismo

como fuerza política, puesto que el totalitarismo constituye un sistema fundamentalmente extraño a la moral histórica, católica e hispana de nuestro pueblo. Por otra parte, el elemento pensante del movimiento no ha logrado elaborar una posición totalmente concreta, porque su misión no pudo ser, en esa primera etapa, sino esencialmente crítica. Es tal la deformación mental en que el liberalismo ha forjado al hombre argentino que, antes y sobre todo, como labor previa, fue necesario desbrozar la maleza para forjar una nueva conciencia de lo nacional. Y es esa labor, paciente y silenciosa, ignoradas por la gran prensa, despreciada por los intelectuales consagrados en las academias, en la universidad y en los altos cenáculos literarios, la que logra, a pesar de toda, abrir brechas tan profundas en las fortificaciones del régimen vigente que no es extraño, sino para los incapaces de comprender el proceso de la historia, todo lo que ocurre en la Argentina, después de 1943. Es el nacionalismo quien plantea en el país que el móvil esencial del movimiento obrero es una cuestión de dignidad tanto, como una cuestión de interés. El gran problema es salvar los escollos sin los riesgos que los mismos involucran, pues el liberalismo ha forjado un espíritu de hostilidad al trabajo, en virtud del cual, el atender los intereses de los trabajadores mediante un mejoramiento de la vida material agudiza el mal. Lo que no es una cuestión estrictamente moral, que quiere decir que, la meta a alcanzar, no puede ser otra que la que permita conservar y restituir al trabajador el placer del trabajo.

Es el nacionalismo el que advierte que en las luchas políticas argentinas hay una lucha social y, a veces, una lucha religiosa, que si bien la depauperación de las masas señala que se trata de una cuestión vinculada a la economía, lo cual, al final de cuentas puede ser salvado por el liberalismo en un momento de inteligencia, la cuestión de fondo es de orden ético. Entra en juego algo que el socialismo ni el comunismo advierten, y es que se trata, también, de un problema de dignidad humana. Cuando, después de la revolución de 1943, el general Perón entra a actuar, lo comprende perfectamente. Es el viejo problema argentino, el que, quiso resolver Rosas y no pudo o no supo hacerlo, que consiste en la urgencia de elevar a la plebe, elevar a la masa para que sea pueblo.

Es un problema de transformar en emergidos a los sumergidos, lo cual no es simple tarea de la economía, ni puede ser resultado exclusivo de un sistema económico, sino en cuanto el mismo responda a determinada orientación de tipo moral. Porque la economía por si misma no tenderá, bajo cualquier régimen, a otra cosa que a la riqueza, con prescindencia de los hombres. Por eso el socialismo, que abre brecha en el país en cuanto plantea el problema del proletariado, no atrae a las masas, porque su posición materialista no ofrece soluciones ni surge del análisis del trabajo nacional sino del estudie del nacimiento de la gran industria inglesa, fenómeno local, que engañó a Marx en cuanto a la posibilidad de que tuviera un sentido universal. El extremismo de la lucha de clases, manejado posteriormente -cuando el socialismo argentino lo dejó de lado- por el comunismo, sólo prende en europeos con no mucha residencia en el país y en intelectuales jóvenes, de pocas lecturas, aunque valientes para negar todas las ideas y filosofías que no conocen directamente en sus fuentes. Por eso también, cuando Perón se pone al frente de las masas argentinas, estas intuyen más que comprenden que están en juego sus intereses de clase, pero que éstas no son sólo materiales, aunque lo material tenga, que predominar, necesariamente, en la primera etapa de la obra que la revolución de 1943 va a emprender para destruir el equívoco liberal y, a la par, aventar del todo a los extremismos de izquierda o de derecha que, por ser movimientos de imitación, nada tienen que ver con la verdad de las cuestiones que plantea el ser mismo de la Nación.

10.- LA REVOLUCION DE 1943.

Un día el país supo quien iba a ser el sucesor del Dr. Castillo en la presidencia de la nación. El viejo dilema de libertad y eficiencia volvió a plantearse en la: conciencia nacional. Perder la libertad ¿Para qué? ¿Qué garantías ofrecía el continuador elegido? La revolución tenía que ser y se produjo el 4 de junio de 1943 por un levantamiento del ejército. No podía ser obra de ningún partido político porque ninguno representaba nada. En los mismos momentos que el liberalismo entraba en crisis en todo el mundo, los partidos políticos argentinos agudizaban su ideario liberal y, de acuerdo a la lógica, quien imita va siempre atrasado. Cuando en todos los grandes países el idealismo filosófico entrara a destruir al positivismo, los políticos y los universitarios enquistados en la Universidad Argentina, persistían en un ideario muerto, al margen, no sólo de la realidad nacional, sino del propio movimiento mundial de las ideas, del que se sentían celosos sacerdotes. Profesores había que, en 1943

considerándose espíritus libres, enseñaban economía a lo Leroy Beaulieu, psiquiatría a lo Lombroso, psicología a lo Condillac, filosofía a lo Spencer, y estudiantes que consideraban las obras de José Ingenieros, como, un dechado de saber científico y filosófico. El sacudimiento que en la Universidad produjo un Ortega y Gasset o un Eugenio D'Ors no salió del campo literario y de algunos privilegiados. La revolución no podía ser, por consiguiente, ni obra de los políticos -comprometidos con el capitalismo internacional- ni de una Universidad anquilosada, cuyo 'reformismo' olía a naftalina, y fue así como estuvieron contra ella políticos y universitarios. Sólo el clero o el ejército podían ser la fuente de la revolución, y como el clero no tiene armas ni vocación guerrera, la tarea correspondió a quien la realizó. Lo mismo que en 1930. Los ejércitos permanentes son los que evitan que el mundo caiga en la barbarie, pues la verdad de hoy, vista por Donoso Cortés a mediados del siglo pasado, es que se va a la civilización por las armas y a la barbarie por las ideas por lo menos, en nuestros días a la barbarie marxista.

Hemos dicho que, lo mismo ocurrió en 1930 porque consideramos importante repetir que es un absurdo ver en la revolución del 6 de septiembre un movimiento contra el radicalismo, pues entonces ya no queda de él sino el nombre y su jefe, pero éste envejecido y enfermo, enfrentando una crisis económica mundial y una crisis moral en su partido. Durante el gobierno del general Agustín P. Justo, que sucedió, al revolucionario 'de facto', como durante el de sus continuadores, los partidos políticos perdieron toda influencia sobre las masas, porque todos, más o menos directamente, actuaron en colaboración, en complicidad o en compadrazgos. Por otra parte sus elencos directivos quedaron estacionados. Puede decirse que los argentinos que alcanzaron la ciudadanía después de 1930 no ingresan en los partidos, parte por peligroso desinterés por la cosa pública, parte -los mejor dotados- por repugnancia a los entretelones de los mismos. Ninguno es capaz de crear una idea argentina que dinamice al pueblo. Si el ejército no toma la iniciativa, ningún grupo organizado se encontraba en condiciones de hacerlo, y en el ejército, la conciencia de que la revolución de 1930 había sido desvirtuada había forjado el imperativo de cumplir con el deber de salvar los errores de entonces. No creemos en el fracaso del movimiento de 1930, porque en historia los hechos son siempre positivos, en cuanto a sus fines. Sin la elaboración ideológica que la de 1930 provoca en el país, que da lugar a un movimiento que esboza doctrinas nacionalistas que las masas hacen suyas en la jornada del 17 de Octubre de 1945, cuando salen a la calle a imponer la personalidad de Perón, éste no habría podido crear el denominado '*movimiento peronista'* basado en los grandes principios políticos de la raza. Y no es ésta una afirmación caprichosa. Hasta 1767 se enseñó en las Universidades de América, entre otras la de Córdoba, por medio de las obras del P. Francisco Suárez, lo que era doctrina común de los teólogos españoles, que la razón de ser del Estado era el *bien común,* y es el *bien común* lo que importa un cambio de la política liberal individualista hacia las formas propias de la democracia social la base del sistema doctrinario de Perón. La historia de estos hechos es harto conocida. Durante la actuación del gobierno militar revolucionario se crea, entré otras cosas, la '*Secretaría de Trabajo y Previsión',* desde la que se comienza a encarar la cuestión social con un espíritu nuevo, que gana, poco a poco, el favor, de las masas sindicalistas, socialistas, comunistas y anarquistas, en que se dividía el movimiento obrero organizado argentino; porque los trabajadores, que creen en la eficacia, siguen a quien en dicho organismo comienza a realizar una acción de elevación vertical del nivel de vida del proletariado. No nos corresponde analizar esa acción fuera de su sentido social, ni si ella fue bien o mal orientada, ni si sus resultados serán éstos o aquellos. Lo importante, desde nuestro ángulo, es que dicho hombre, que se trueca en breve tiempo en caudillo de las masas nacionales en forma tal que a la hora que escribimos lleva ganadas tres elecciones; por márgenes de votos que han ido creciendo de un comicio a otro, formula una doctrina política que se diferencia de cuantas se lanzaron en el país desde 1910, porque, siendo muy moderna, es muy antigua. Es el triunfo de la democracia social. En efecto, el general Perón ha lanzado un ideario de tipo social-cristiano que comienza por considerar que lo esencial es el hombre, y que, por consiguiente, la sociedad no puede tener finalidades que vayan en contra de la libertad de la persona humana para realizar sus fines personales terrenos y eternos. La riqueza deja de tener finalidades propias para adquirir finalidades sociales. El Estado deja de ser un organismo indiferente para pasar a ser un medio, a los fines de que; la sociedad pueda realizar su fin, y ese fin, lo repite Perón, es el *BIEN COMUN.*

Perón ve el problema social y lo encara, primero, del punto de vista material, porque la realidad así lo impone, pero luego del punto de vista ético. El bien común exige la dignidad, pero sin medios de sustento no hay dignidad posible en el hombre. Así lo expresa y así procede. Afirma, además, conceptos nacionalistas sin apoyarlos en la raza como concepción

biológica, para Perón la raza *'constituye una suma de imponderables que hace que nosotros seamos lo que somos, y nos impulsa a ser lo que debemos ser, por nuestro origen y nuestro destino'.* Su nacionalismo es una postura espiritual. *'Ella es* -agrega- *la que nos aparta de caer en el remedio de otras comunidades, cuyas esencias son extrañas a las nuestras, pero a las que con cristiana caridad aspiramos a comprender y respetamos'.* En síntesis, nos encontramos de vuelta, es decir, la Argentina afirma una posición que no es sino descubrirse a si misma. No es sorprendente que las masas la hayan comprendido de inmediato y que la oligarquía liberal no la comprenda. Es que se trata de la vieja doctrina político-social, que nos viene del fondo de la historia en un reconocimiento extraordinario.

11- PERON

El general Juan Perón no es un ideólogo, no es un pensador político que elabora una doctrina como consecuencia de una labor de tipo intelectualista: es un hombre de acción. Frente al panorama del país se desprende de las ilusione progresistas y advierte que el progreso que a todos admira no hace sino disfrazar una realidad nacional deplorable, que se concreta en un grueso sentido materialista de la vida, consecuencia de una economía individualista que desplaza al hombre del centro de la existencia y entrega a los mas a la explotación de los menos. Advierte que la riqueza mal distribuida mantiene sectores de la población viviendo en la miseria. Intuye la verdad de que en el fondo de la historia argentina palpita un drama social no resuelto, como consecuencia del individualismo económico, que desde comienzos del siglo XIX comenzó a romper los cuadros jerárquicos de la vida nacional y dejó en el abandono a grandes masas. Siente que, aunque las cuestiones a resolver de inmediato son de orden material, es necesario elevar los valores espirituales, mediante el reforzamiento de los factores tradicionales y, sobre todo, la vindicación de los principios esenciales de la nacionalidad, entendido como un estilo de vida propio de nuestro pueblo. Pero todo esto no es en Perón sino saldo intelectual de una postura vitalista, es decir, surge d e la acción misma y se trueca en pensamiento. Rompe, en tal sentido, con los antecedentes nacionales en cuanto solo ofrece hombres que van del pensamiento a la acción, sin que les preocupe el origen de las ideas que van a movilizar. Y ocurre que, mientras sus antecesores han colocado en el centro de sus preocupaciones entes abstractos como El Progreso o La Humanidad, Perón retorna a los viejos conceptos del pensamiento político racial y coloca una cosa concreta*: EL HOMBRE*. Desde 1810, es la primera vez que un político argentino afirma una doctrina propia del carácter de nuestro pueblo y que se apoya en antecedentes históricos, espirituales y éticos profundamente identificados con nuestra manera de ser y sentir. Lógicamente, puesto el hombre en el centro mismo del problema político, la sociedad no es mas que un medio para que él, ente social por excelencia, alcance la plenitud de su ser. El estado, por consiguiente deja de ser el Moloch que absorbe a la persona, para ser el medio por el cual la sociedad realiza su fin supremo, que es *EL BIEN COMUN.* Se dirá que para el liberalismo el Estado tampoco debe ser el Moloch que absorba al hombre, pero en la realidad d la historia, como el Estado liberal no tiene otra finalidad que la obtención de la riqueza, pasa por todas las etapas que la economía contractual interesa, cediendo siempre, sobretodo al socialismo, porque por si mismo carece de toda posición concreta. El liberalismo nunca pudo ser realizado íntegramente por pueblo alguno. Desde su nacimiento comenzó un permanente negarse a sí mismo con el pretexto de que lo importante consistía en las formas de gobierno, tesis grata al capitalismo en cuanto en esas formas el Estado liberal no considera al *hombre* sino al *individuo; la persona humana* no tiene para él ninguna significación porque vive las ilusiones del contrato y no las realidades de la vida en comunidad.

La esencia misma de la doctrina que enuncia Perón se basa, como hemos dicho, en las más puras concepciones de la teología hispana, y no porque su autor así se lo haya propuesto, sino porque por distintos caminos se llega siempre a Roma, si nos inspira la verdad. Es claro que hechos de tanta trascendencia en la historia de las ideas políticas argentinas es obscurecida por las pasiones propias que desata a su alrededor todo gobierno. Prescindimos de ese factor. No hablamos de Perón como gobernante. No cabe hacerlo aún sin caer en errores de apreciación por apasionamiento. Consideramos solo la trascendencia del hecho de que un pueblo de nuestro origen después de haber recorrido todas las rutas del plagio, termine por encontrar una doctrina que coincide de tal manera con su propia idiosincrasia histórica que da motivo a la aparición, en el escenario político del país, del pueblo. Dice

Donoso Cortez: '*en tiempos de paz y de reposo solo aparecen en los hombres las calidades que los constituyen diferentes; en épocas de crisis y de exaltación moral solo aparecen en ellos lo que los constituyen semejantes; cuando las diferencia se esconden y las semejanzas aparecen, hay pueblo, porque hay unidad y la unidad es la que le constituye; cuando las diferencias aparecen y las semejanzas se esconden, no hay pueblo, porque no hay unidad social, sino intereses opuestos, principios rivales y ambiciones hostile'.* De es esquema deduce la instabilidad del elemento democrático, vencedor siempre en un momento de alarma y de peligro, y vencido siempre depuse en el estado de reposo. Perón logra, con su predica, crear un clima de exaltación, que pone de relieve las semejanzas de los hombres y crea esa unidad que hace que, en el momento que escribimos, el pueblo exista con desesperación de los políticos liberales, para quienes la democracia no tiene que ser la unión sino la diversidad, el choque de principios, las rivalidades, o sea, el rió revuelto para ganancia de los pescadores reclutados en los comités y en los grandes consorcios financieros internacionales.

Claro es que el contenido del bien común que Perón proclama no es el mismo que el de los teólogos, ni idénticos los medios de alcanzarlo, pues como enseñara el P. Suárez, cada época y cada comunidad tiene, al respecto, su propio problema, por lo cual, con evidente sapiencia, renunciaba a señalar la mejor forma de gobierno entendiendo que cada grupo social adoptaba la que le venia bien sin que nadie pudiera señalar jerarquías entre ellas. Con todo, no podía los hombres del siglo XVI concebir la democracia como expresión de masas y, sin embargo hoy día, es evidente a pesar de que tarta de una creación sin sentido, en la que nadie cree sino cuando gana su partido, que no se puede pensar en soluciones que no sean de ese tipo.

Carlos Marx se burlaba del sufragio universal, diciendo que si lo aceptaba era porque para lo único que podía servir era para apresurar la crisis del capitalismo y el triunfo del socialismo, lo cual fue presentido por los liberales que siempre fueron contrarios al sistema y si cedieron a él fue por la innata debilidad doctrinaria en que viven. El Papa Pio XII comprendió el problema, señalando la oposición de los pueblos modernos a cualquier *'monopolio de un poder dictatorial e intangible'* y la exigencia de un gobierno '*más compatible con la dignidad y con la libertad de los ciudadanos'***,** lo que le condujo a afirmar que, para evitar nuevas catástrofes, era necesario, *"crear en el mismo pueblo garantía'*, y, en tal sentido, dijo que '*si el porvenir esta reservado a la democracia, una parte esencial de su realización deberá corresponder a la religión'*. Estas palabras no habrían sido comprendidas a mediados del siglo pasado, cuando la euforia liberal creía que el mundo caminaba hacia la civilización, pero las entendemos hoy, cuando advertimos que regresa de la civilización y camina hacia el despotismo. La historia demuestra que, en la misma proporción que ha ido disminuyendo la represión religiosa sobre los hombres han crecido los poderes represivos del estado, lo que señala un hecho esencial, que Perón ha proclamado, y es que la política no puede actuar sin constituir una parte de la ética

El movimiento que encabeza el general Perón es de origen popular, profundamente democrático, pero la masa –como ha dicho Pio XII- '*es enemiga capital de la verdadera democracia y de su ideal de libertad y de igualdad'***.** No hay que confundir la unidad que forja un pueblo con su expresión política como masas. La gran cuestión que la*"doctrina peronista"* habrá de resolver es la de dar a la soberanía una singular conciencia de sus deberes, responsabilidades y solidaridad hasta forjar en el pueblo la conciencia de que las desigualdades individuales se engranan en la unidad jerárquica y que las instituciones sociales dan vida a los principios políticos, pero que existe una absoluta imposibilidad de forjar principios políticos validos si se carece de un concepto sobre el hombre. He aquí el nudo de la cuestión política. Los interese materiales juegan en la primera etapa, pero deben ser substituidos por los verdaderos principios políticos, los verdaderos principios religiosos, los verdaderos principios sociales. Perón lo ha comprendido al afirmar que el mundo del futuro será de aquellos que realicen las virtudes que Dios enseñó a los hombres. Porque toda verdad política o social es, al final de cuentas, una verdad teológica, desde que tiene que basarse en una verdad sobre el hombre, y sin dios no hay concepción de la persona humana que tenga sentido. Sin Dios, el hombre es un ente biológico, económico, político, lo que cada pensador crea más cómodo a fin de someterlo a sus directivas; con Dios, el hombre es, ante todo, persona. Una autentica democracia no es realizable cuando se crea al hombre dominado por la herencia, o por la economía, o por la psiquis, o por la geografía, o por las fuerzas telúricas o por cualquiera de los tantos descubrimientos con quien la ciencia racionalista a procurado demostrar que el hombre es incapaz de la libertad; una autentica

democracia es posible cuando se cree, con el cristianismo, que el hombre está dotado de libre albedrío y que cada uno es dueño de sus actos y responsable de ellos. La doctrina de Perón abre, por consiguiente el camino a una auténtica democracia, que tiene que ser la entendida como tendencia social, o sea, como dice Marcel Demongeot, *'el celo de dar a las clases trabajadoras, hoy más que nunca oprimidas en el mundo moderno, condiciones humanas de vida, requeridas no solo por caridad sino ante todo por la justicia'*, cuya forma política, tarde temprano, habrá de ser entendida en el sentido Aristotélico y de Santo Tomás, o sea, la del número templado por la virtud, no por la riqueza.

Prescindimos en este capitulo del estudio del gobierno de Perón. El gobierno es un hecho ajeno a lo que nos interesa del *"Justicialismo",* que es su enunciación doctrinaria. Esta tiene un valor de permanencia, una fuerza de continuidad, que la constituye un fenómeno político de trascendental importancia. Los políticos liberales podrán obtener éxitos o fracasos criticando la acción del gobierno de Perón, pero presentimos que contra sus doctrinas no podrán nada. En el arsenal liberal no existen argumentos para destruirlas. Podrán hacer frases, pero no harán historia. Cuando un político convencido expresa que un partido que eleva a su jefe a la primera magistratura del país, por el voto libre de la mayoría de la ciudadanía, constituye un unicato, porque el presidente de la Nación se identifica con el jefe del partido, es que el liberalismo esta en agonía. Sólo en agonía se dicen ciertas verdades, pero a veces ciertos disparates.

12.-TENSION ENTRE EL ORDEN HUMANO Y EL POLíTICO.

Hemos dicho que Perón ha puesto las bases de una doctrina política argentina que, por ser argentina es hispanista y por ser hispanista posee un alto contenido universalista, y hemos agregado que ella habrá de ser motivo de profundas elaboraciones, tarea que nada tiene que ver con el gobierno del general Perón, en lo que se relaciona con nuestro punto de vista, lo que destacamos para que no se caiga en el error de suponer que escribimos por consideraciones partidistas. Tomamos el hecho Perón dentro de las ideas políticas, exclusivamente, y, en tal sentido, advertimos que sus tesis rompen la tensión que existe entre el orden humano y el político en la vida moderna. Es evidente que, considerado el problema político en el plano histórico, lo social en general y lo estatal en especial se han hecho enemigos del bien del hombre, desde el absolutismo regalista, hasta el totalitarismo moderno, después de la etapa liberal. Se trata de un hecho que el historiador no encuentra en la edad media.

Debe comprenderse que lo que empuja a la persona humana a vivir en sociedad obedece a un impulso hacia el bien universal, a la felicidad, suprema aspiración del hombre. Fuera de la sociedad el hombre pierde los rasgos esenciales de persona, e insensiblemente, lejos de librarse, se va sometiendo a la pura naturaleza. Solo en la Sociedad la persona humana alcanza su plenitud de expresión. De tal hecho surge el orden político, por lo cual Santo Tomás, comentando a Aristóteles, dice que es lo más excelente de lo humano.

No han faltado escritores, ni teólogos, que consideraron que la tendencia del hombre a lo social era una especie de castigo, contra lo que reaccionó Santo Tomás, diciendo que *'el hombre es animal social, de donde en el estado de inocencia los hombres hubiesen vivido socialmente; y como la vida social es imposible si no hay quien mande, también entonces habría habido sujeción de unos a otros".* Santo Tomás destacaba que nos se refiere a la *"sujeción servil por la cual el que manda usa del súbdito para su propia utilidad, porque esta fue introducida después del pecado, pero si la sujeción económica o civil, por la cual el que manda usa de los súbditos para el propio bien de ello'.*

Todo lo que tienda a sujetar la persona al Estado o hacer que entre la persona humana y el orden político exista una tensión, conspira contra la verdad de que el hombre es un ser social, de manera que cuando esa tensión existe debe buscarse su origen en las desviaciones del orden político, las cuales surgen cuando la política se desentiende de la ética, y se olvida que sí el hombre no puede encontrar la felicidad fuera de la sociedad, tampoco puede encontrarla lejos de la moral, o sea, de Dios.

Cuando Santo Tomás que lo mejor en lo humano es lo político, tiene en cuenta que el objetivo del orden político no es otro que facilitar al hombre el cumplimiento de sus fines. No se trata solo de sus fines individuales, sino también de los sociales, de lo que resulta que una

de las funciones de la política es lograr el equilibrio entre los fines individuales y los sociales. Cuando se habla del superhombre, cuando se hace el elogio del hombre aislado, o cuando se procura dividir la realidad humana en individuo o persona, como lo pretende Maritan, se olvida que el bien individual cuando no esta referido al bien común como su fin, no obedece a una conducta recta, porque, como dice el Aquinence, *'el bien común de la gente se ordena al bien común de todo'.*

El liberalismo produce una tensión entre la persona y en orden político porque en él, el bien individual no se refiere ni relaciona para nada con el bien común, y hasta llega a ser contrario a éste. Es verdad que no es así en la doctrina, pero ésta se forja en base a abstracciones, porque en la realidad histórica –piedra de toque de las tesis políticas- la sociedad liberal aparece como una pirámide de derrotados que sirve de escalera para el ascenso de algún privilegio. Por eso Santo Tomás dice: *'así como el bien de un hombre no es el ultimo fin si no se ordena al bien común, así tampoco el bien de una casa si no se ordena al bien de la ciudad que es la comunidad pe perfect',* y agrega**:** *'Hay que decir que aquel que busca el bien común de la multitud busca consiguientemente el bien suyo, por dos razones: 1º porque el bien propio no puede darse sin el bien común de la familia, de la ciudad o del reino; 2º porque siendo el hombre parte de la ciudad o casa, es menester que piense el hombre el bien que le reporte ser prudente con respecto al bien de la multitud'.*

Estas consideraciones, señalan la gravedad de la desviación que importa la aparición del absolutismo regalista, al que sigue el liberalismo y, tras éste el totalitarismo, en cuanto mediante diversos sofismas, se hace desaparecer el sentido social del bien común, hasta llegar, como en el caso, del totalitarismo a confundirlo con el bien del Estado; sin comprender que el Estado no puede tener fines propios sin disminuir la posibilidad de que el hombre cumpla los suyos. El Estado no es más que un instrumento, y cometen error quienes lo identifican con la sociedad, como cometen error quienes creen que basta defender la libre emisión del voto para que la democracia sea un hecho, sin advertir que con el voto libre una sociedad puede caer en manos de una tiranía. El hombre es un fin en si mismo, el Estado no. La función del Estado no puede salir de la protección de los derechos y la promoción de los intereses. Como dice Valsecchi: *'El bien común no resulta solamente de la seguridad del orden externo, sino también de la prosperidad pública y privada a esto tiende precisamente la función social de la autoridad política',* o sea, que función del Estado es, también, promover los intereses materiales, intelectuales y morales de los individuos y de los grupos de que forman parte, mediante la *COOPERACION SOCIAL* de los mismos. Tales las funciones internas del Estado, a las que cabe agregar las externas, destinadas, como dice Valsecchi, al *'fomento de la civilización en el plano de la humanidad';* tales como luchar por la paz, defender la, soberanía, etc. El estado-gendarme de la primera etapa del liberalismo prescinde del cumplimiento de sus funciones internas; el estado-intervencionista, de la última etapa liberal, las cumple con un sentido antisocial, en cuanto confunde su deber de promover los intereses en una labor que sólo ve los intereses materiales de determinada clase social. El totalitarismo se propone siempre el cumplimiento de los deberes internos del Estado a nombre de la sociedad, pero, como se sobrepone a ella hasta confundirse y absorberla, anula la persona humana, y, por consiguiente, deja al nombre fuera de toda posibilidad de realizar sus fines propios. Surge la tensión entre el hombre Y el orden político que caracteriza a nuestra época, cuando aún en los estados más liberales adquieren vigencia las formas "absorbentes del totalitarismo'.

La gran lección que la historia de las ideas políticas de América deja al estudioso, es que la estabilidad que caracteriza los tres siglos de dominación española se explica porque no existió en ellos tensión entre el hombre y el Estado. Cuando las tendencias individualistas rompen el equilibrio social que aquel régimen mantenía, la tensión aparece y el Imperio Español se atomiza en mas de veinte naciones, las cuales, en menos de un siglo y medio de vida independiente, no han logrado estabilizar su orden político, pues viven en permanente revolucionarismo, o sea, en constante tensión entre la persona humana y el orden político. El P. Julio Meinvielle ha escrito: **'***El Renacimiento introdujo la ruptura en el hombre exaltando los valores naturales por encima de los sobrenaturales, como si el hombre fuera malo. El filosofismo, heredando los desvaríos del Renacimiento y de la Reforma, exaltó por un lado, a la naturaleza, deificándola como si fuera sobrenaturaleza, y, por otro, la rebajó, deprimiéndola en lo mejor que ella tiene, que es la comunidad social. Lo que la iglesia enseñaba de la gracia, el filosofismo lo reservó a la libertad y autonomía de la persona humana, la cual fue exaltada con exceso por encima de los derechos del Creador, y, en cambio, lo mejor de la naturaleza que es la sociedad política fue considerada como la*

corrupción de la humanida'. Esta posición ha determinado que el espíritu moderno separe la naturaleza de la gracia, la razón de la fe, le especulativo de lo práctico, la metafísica de la moral, la moral del derecho, la autoridad de la libertad hasta llegar, aún en pensadores católicos como Maritain, a quien Meinvielle analiza en el trabajo de que tomamos estas citas, a la oposición entre individuo y persona.

Cuando en las *"PARTIDAS"* se dice que la ley debe ser de acuerdo a la razón, a usos y costumbres, se dice que su objeto es ordenar el bien común. Benedetto Croce dice que la historia refleja la lucha por el hombre, por la libertad, más, a poco que se analice se advierte que el filósofo italiano confunde los términos, y lo que denomina libertad es el bien común, porque la libertad no puede ser nunca un fin sino un medio. Cuando el hombre declara que quiere ser libre es porque procura no la libertad sino la felicidad, pero como la felicidad no puede ser un bien individual sin admitir antes que el hombre no es un ser social por excelencia, la lucha por la libertad se trueca en la procura de la felicidad común. Cuando Max Stirner dice que el hombre solo es el hombre libre, nos demuestra que la pura libertad quita al hombre sus rasgos esenciales de tal, aunque el autor no se da cuenta de ello. El hombre de la Edad Media tuvo, en materia política, un sentido mucho más profundo que el moderno. Aún en nuestros días asistimos a luchas políticas por las formas del poder público. Mientras el hombre moderno cree que las modificaciones que sufran las formas del poder público determinan modificaciones de sus fines, el hombre del medioevo se desentiende de las formas y solo procura que, cualquiera sea, actúen como un poder realmente negativo de la multitud, es decir. Que procuren una suma de bienes materiales y morales que aseguren el cumplimiento del fin esencial de la sociedad: el bien común.

Como enseñara el P. Suárez, el bien común no es una cantidad determinada de bienes de tal o cual tipo, pues varia de una sociedad a otra y de una época a otra época. Es, por de pronto, una posición que equilibra los fines individuales y los sociales en base a consideraciones de orden moral. Por eso el bien común es inseparable de un concepto de justicia social.

El P. Guillet, refiriéndose al concepto del bien común, dice: '*El bien común ha de resultar no de la dispersión de esfuerzos individuales preocupados únicamente de sus intereses privados, sino de la coordinación de los esfuerzos de cada uno en torno del mismo ideal humano. La sociedad será verdaderamente un todo, cuyas partes, aún en su mismo interés de partes y por virtud de la equivalencia fundamental de este propio interés con el interés del todo, se sacrificarán por él, es decir, trabajarán por el progreso del bien común; el cual se confundirá con estado de equilibrio social, de riquezas intelectuales, morales, materiales, de instituciones y legislación humana de cada ciudadano, sea cual fuere su condición, pueda verdaderamente, entregándose a sus propios deberes, reivindicar y asegurar el pleno ejercicio de sus derechos de hombre, obrar como ser razonable y libre, trabajar, vestirse, alimentarse, tener refugio, descansar, divertirse, desarrollar su espíritu, fortalecer su voluntad, practicar la virtud, fundar un hogar seguro, tener hijos y educarlos como lo piden los verdaderos derechos del hombre'.*

De estas palabras surge que, por bien común, no debe entenderse la propiedad colectiva, ni el poderío militar del estado, ni el lujo o esplendor de la vida oficial y ni aún la grandeza o la gloria externa de la nación; sino que se trata mas bien de un clima, un ambiente, una atmósfera o, mas precisamente, como dice el P. Herrera,'*un sistema de relaciones actuales o potenciales, un orden'.* No puede ser creación del Estado, sino acción estatal. Una acción tendiente a que la sociedad espontáneamente se desarrolle, haciendo que el sentido preexistente de justicia social produzca sus efectos. Es decir, que por justicia social entendemos la encaminada a realizar las condiciones externas que sean necesarias al conjunto de los ciudadanos para el desarrollo libre e integral de su vida material, intelectual y religiosa. La justicia social engloba a la justicia legal y a la distributiva, porque es esencialmente virtud, con fines virtuosos, que solo actúa cuando cuenta con los medios de dar a cada uno cuanto necesite para cumplir sus fines sociales.

La justicia social termina con la tensión entre la persona humana y el orden político, pero como, por lo mismo que no siempre esta de acuerdo con la justicia legal del pasado, afecta intereses de privilegiados por esta, que son quienes, en Argentina, acusan a estas ideas de totalitarias. Al lanzarlas, el general Perón ha echado a rodar ideas políticas cuya vigencia trascenderá su gobierno, como trascendió el sentimiento de la nacionalidad el gobierno de

Rosas, y el sentido social de Irigoyen a su actuación de gobernante. Esas ideas son la revolución, la verdadera revolución: porque toda revolución verdadera es siempre un retorno. Cuando así no ocurre como en el caso de la Reforma, de la Revolución Francesa, como del Comunismo Ruso, la revolución se torna en disolución. Argentina inicia de esta manera su liberación de viejas formulas caducas por una parte e inadecuadas a su ser, por otra. Hispanoamérica habrá de advertirlo. El hecho de que las revueltas políticas hagan que cada día resulte más difícil a un gobernante americano cubrir el período para el que ha sido elegido, es fruto de la tensión que existe entre la persona humana y el orden político, y tiene que terminar y, para que termine, no queda otro camino que dar a los pueblos un orden político propio, inspirado en normas tradicionales, que no sea imitación sino de lo que les pertenece. La ciencia del político americano se ha metido por sus conocimientos de cuanto ocurre o ha ocurrido en el extranjero. Las leyes se asientan, por lo general, en antecedentes foráneos. La democracia en Hispanoamérica se basa en el mito del voto, en base al sistema representativo, pero ampara, en cada pueblo del continente, a una clase privilegiada dominante de una mayoría cuyos problemas sociales, políticos y culturales nadie resuelve. Mayoría que vive en permanente tensión con un orden político que sus usufructuarios elogian pero que la mayoría detesta, por que ni comprende ni le sirve, ni le interesa. La reforma de la Constitución de 1853, que Argentina realiza en el momento que damos fin a este libro, es la primera etapa de su transformación.

A los manidos y franceses, *Libertad, Igualdad y, Fraternidad,* responde con el hispánico y católico: *Libertad, Justicia, Solidaridad*. Es la muerte del individualismo. Es un nuevo régimen, de sentido social, que abre nuevas esperanzas a los hombres y a los pueblos de nuestra estirpe.

13.- LA REFORMA CONSTITUCIONAL DE 1949.

Si el movimiento que encabeza el general Perón no respondiera a una auténtica vocación revolucionaria habría prescindido de todo propósito de reformar la constitución de 1853, y le habría bastado con violarla, que es lo que hicieron todos los gobiernos, en menor o mayor escala, desde el día mismo en que entró en vigencia, cuando, como hemos señalado, se ascendió al general Mitre, sin acuerdo del Senado. Los políticos representantes de los intereses económicos vinculados al capitalismo se levantaron airadamente para protestar contra la sola idea de que la constitución pudiera ser tocada. Lo absurdo de esta posición es notorio, pero condensa la realidad de la historia política de Argentina. Un diputado de la'*Unión Cívica Radica',* dice en un acto público, que, desde 1810, dos corrientes antagónicas se disputan la supremacía del país, liberal y progresista, una, y reaccionaria la otra. Se vuelve a la civilización y barbarie de Sarmiento, y por boca de un hombre que actúa en un partido que entronca directamente con los caudillos, y que considera que la corriente liberal y progresista esta constituida por los gobiernos de la oligarquía, por la economía individualista,, por la intangibilidad de la propiedad privada, o sea, por todo aquello que constituye el espíritu mismo de la constitución de 1853, la cual, con las reformas de que la hace objeto el movimiento *"peronista",*ha sido causa, según dijo en el mismo acto, Emilio Ravignani, de la '*destrucción de su espíritu'.* Destruir el espíritu de la Constitución de 1853 equivale a realizar una obra netamente argentina y profundamente humanista; importa además, la posibilidad de hacer una obra realmente democrática. Pero los hombres que han realizado '*la destrucción del espíritu'* de la '*Unión Cívica Radica'*, y a los cuales ya no separa absolutamente nada de la oligarquía mas conservadora y extranjerizante, no quieren que se toque nada. No juzgan las reformas sino el hecho de que se reforme, siendo quienes, a su vez, declararon en el Congreso Nacional que toda obra de revisionismo histórico trabaja con propósito de reacción. Quien teme a la verdad de la historia es porque sabe que las instituciones que defiende se basan en la mentira, y es un auténtico reaccionario, en el sentido que los liberales dan a la palabra. Por otra parte, menester es que se sepa que, en 1949, ser liberal a lo 1853 importa una posición que, recordando a Unamuno, podríamos decir que llega a merecer el título de '*cavernícola'.*

El liberalismo y su protegido máximo el capitalismo han muerto. Dice Bernard Shaw: '*La comedia ha terminado ahora prácticamente, pero los personajes continuarán discutiendo sobre ella durante dos actos más'.* Admitimos que las soluciones que se hayan querido dar a esa crisis de pensamiento político no sean gratas, y que sea sano oponerse al '*totalitarismo'* como al '*comunismo',* pues ambas son dos posiciones anticristianas y antihumanas que surgen, justamente, de una exacerbación de los principios esenciales del

liberalismo, que no son otros que defender formas particulares alrededor de la riqueza. El Estado por encima del hombre es un absurdo hasta de orden lógico; el Estado fundado en la tesis de la lucha de clases es una estupidez, por cuanto se asienta en una abstracción sin contenido alguno de verdad, que conduce a una posición absurda, como lo es la proclamada por Lenín sobre la total desaparición del Estado.

La reforma de que es objeto la Constitución Argentina, tiende a dotarla de un espíritu social en contraposición al individualista que la inspira. No es una reforma a fondo, sino primera etapa hacia formas mas concretas dentro de la misma orientación. Para los políticos profesionales tiene el inconveniente de que hará cada día más difícil el juego de los partidos; para los capitalistas tiene el de asignar a la propiedad un valor social. Creación arbitraria puesto que en el derecho privado se observa, desde el Código de Napoleón a nuestros días, una marcada tendencia en el sentido de eliminar la concepción metafísica de la propiedad en el derecho subjetivo, por la noción de su función social. Escritores como León Duguit, que no puede presentarse como representante de ideas destructivas, afirma el deber del Estado a intervenir cuando el propietario no utiliza sus bienes para asegurar el empleo de los mismos conforme a su destino. Es claro que eso no es liberalismo, pero tampoco lo es el impuesto al mayor valor del suelo, por ejemplo, que el radicalismo hizo parte de su programa en alguna oportunidad, sin darse cuenta de que equivalía *'a la destrucción del espíritu'* de la constitución.

Nada hay en la reforma constitucional argentina de 1949 que se acerque al*totalitarismo*. Lo que ocurre es que el espíritu liberal-burgués se aferra a viejos conceptos a fin de evitar que gobierne realmente la mayoría del país. El régimen estatal argentino, como lo hemos demostrado en el capítulo correspondiente, respondía a la tendencia reaccionaria que surge en todos los países que realizan su revolución contra el absolutismo a favor de la burguesía. Lo mismo en Inglaterra que en los estados Unidos y en Francia, el constitucionalismo expresa el espíritu de defensa de la nueva clase triunfante: el propietario. Todas esas revoluciones necesitaron del pueblo, pro terminada la tarea, los triunfadores procuraron eliminarlo, lo que no pudieron hacer sin ceder algo. Cuando en Argentina un Presidente de la Nación subía al poder por voluntad libre del pueblo – y en casi un siglo de vigencia de la Constitución tal cosa solo ocurrió en 1916, 1922, 1928 y 1946- si su antecesor no era del mismo partido, contaba con mayoría opositora en el Senado y una partidaria, precaria, en Diputados, y esto último en el mejor de los casos. Es lo que le ocurrió a Hipólito Yrigoyen en su primera presidencia. En la segunda lo ocurrido fue más grotesco. Mientras la mayoría del país lo elegía de nuevo, muchos legisladores de su partido se le daban vuelta sin que tuvieran mandato popular para hacerlo, pues, por el contrario, éste había repudiado el *'antipersonalismo',* reeligiendo al gran caudillo. Una vez electo, el representante del pueblo no tiene que dar cuenta a nadie de sus actos. Si fuera posible establecer quienes lo votaron y éstos le reclamaran sus actitudes, cometerían delito de desacato, porque el espíritu de la Constitución de 1853 consiste en evitar que la mayoría de la opinión sea la que realmente gobierne, sancionando una ficción democrática, en virtud de la cual el presidente de la nación, elegido por el pueblo, necesite para poder gobernar, del apoyo de la minoría repudiada en los mismos comicios. Cuando Hipólito Yrigoyen llegó por primera vez al gobierno intervino las provincias sin mas ley que su voluntad, apoyado en que así lo quería el voto popular que lo había elegido, y tenía razón, en cuanto en la campaña electoral se anunció como necesaria esa intervención a fin de terminar con los reductos provinciales del *'régimen',* que habrían hecho imposible la existencia del gobierno de la *'causa'.*Yrigoyen representaba la *'causa'* del pueblo y aquellos gobiernos el *'régimen'*oligárquico. Mantuvo el Congreso, pero es notorio que no se respetó porque no representaba el sentimiento de la mayoría de la nación.

La reforma *'Justicialista'* de la Constitución tiende, políticamente, a dos cosas: a reforzar legalmente al Poder Ejecutivo, o sea, sancionar un hecho real de la política argentina; y hacer que Ejecutivo y Legislativo representen a la mayoría del país, siendo elegidos en los mismos comicios y por periodos iguales. La oposición cree que el ideal es un Ejecutivo que piense distinto que el Legislativo, *en nombre de la división de poderes, que se transforma en división del gobierno,* o sea, en inoperancia del mismo. Es así como, en la historia política de Argentina, desde que existe Constitución, las fuerzas políticas conservadoras y radicales coincidieron en llamar *'dictadore'* y hasta *'tirano'* a los dos últimos presidentes que fueron expresión concreta de la voluntad popular: Yrigoyen y Perón.

Dice Santo Tomás de Aquino que '*el hombre no se ordena a la sociedad política según el mismo todo entero y según todas sus cosa'*. Es ello lo que determina es tensión entre la persona humana y el orden político que, agudizado en la sociedad contemporánea, ha conducido a un vivir al borde de verdaderas catástrofes sociales. Pero si el Aquinence podía decir esas palabras en el siglo XIII, se puede afirmar que el hombre no esta en ninguna forma ordenado a la sociedad política bajo el régimen liberal. La reforma constitucional argentina de 1949 tiende a resolver ese grave problema en todo aquello que es posible en una primera etapa.

Si le preguntamos a un liberal, a un totalitario y a un comunista, cual es el principio mismo de la sociedad política, no saben que contestarnos. L. T. Hobhouse, en su conocido estudio sobre el liberalismo dice '*que esta fuera de duda'* que '*el hombre ha vivido en sociedad'.* Para él, el Estado ejerce una acción coercitiva prohibiendo a los ciudadanos toda desobediencia, pero niega que se pueda crear la moralidad con leyes, y que estas solo pueden crear las condiciones para que la moralidad se pueda desarrollar, entre las que se destaca, como la más importante, la libertad, que consiste, dice, en no verse coaccionado por los demás. Lo grotesco del esquema surge por si solo, porque carece de todo principio concreto sobre la razón de ser de la sociedad. Cuando Hobhouse llega ala cuestión propiedad se ve envuelto en un caos y no tiene otro camino que afirmar principios antiliberales a nombre de un sentimiento de justicia, y dice que es necesario '*devolver el concepto social de la propiedad a su verdadero origen, bajo condiciones viables para las necesidades moderna'*,y agrega: '*Esto no se ha de realizar por medidas violentas de incautación... sino estableciendo una distinción entre los factores sociales e individuales de la riqueza y llevando los elementos de la riqueza social a las arcas públicas, para conservarlos a disposición de la sociedad y atender a las necesidades primarias de sus miembro', con lo que termina afirmando 'que la propiedad es social'.* Nuestro Alberdi no opinaba lo mismo. Par él la Constitución de 1853 responde a la necesidad de defender al propietario por encima de todo, y si bien puede decirse que esa era una posición circunstancial, determinada por la creencia de que había que atraer capitales y fuerzas de trabajo al país, el admitirlo sólo basta para demostrar que no es ese el problema de 1949. Bastó analizar el liberalismo en si mismo para que el principio de la propiedad fuera motivo de un enfoque que condujo a conclusiones antiliberales, y es así como el liberal Hobhouse da la razón a las reformas económicas de la Constitución argentina, al encarar la cuestión desde el punto de vista de la justicia. Pero si el distinguido escritor inglés nada nos dice sobre la razón de ser de la sociedad, su con nacional Laski tampoco nos resuelve el problema cuando escribe sobre el comunismo. Bujarín dice que el estado es tan solo la unión de las clases dirigentes, siguiendo a Marx que, al igual que el católico De Maistre, opina que los padecimientos de las masas son una necesaria consecuencia de la organización social. Según Lenín el comunismo debe apoderarse del estado burgués y ejercer una dictadura hasta lograr verlo "*marchitarse"*, aunque ni él ni nadie a logrado explicar como se va a producir el hecho: si por vejez o por falta de riego. Algún día la humanidad leerá como páginas humorísticas las escritas por Laski, Lenín, Bujarin y otros para explicar este *marchitarse* del estado. En Rusia, el llamado por los comunistas periodo de transición, en lugar de marchitar, fortifica al Estado cada día de manera más intensa, hasta haber forjado el más cruel de los totalitarismos a los fines de realizar entre otras cosas, los planes imperialistas del zar Pedro II, continuados con celoso nacionalismo dentro de las líneas clásicas de las políticas expansionistas, por Stalin. De los escritores totalitarios, es Mussolini quien justifica el sistema estableciendo que el principio de la vida social es el *bien común.* Con lo cual toma una buena doctrina, pero, para realizarla con instrumentos falsos, y la razón se explica: Mussolini era un hijo del marxismo; tanto él como Hitler poseían una mentalidad socialista, o sea, una mentalidad que, como la comunista, actúa como reacción al capitalismo, pero empleando los mismos métodos. ¡Si el Estado burgués nos sumerge, tomamos el Estado y sumergimos a los burgueses! Así lo hicieron y el resultado fue que sumergieron a la persona humana, la dignidad del hombre y, con ella, el auténtico sentido de la libertad.

El problema político del mundo no consiste en pasar de un régimen a otro por evoluciones de los mismos, porque la historia ha demostrado, desde la Reforma a nuestros días, que todos los cambios políticos, desde el absolutismo ilustrado al sufragio universal y desde este al comunismo, que la persona humana queda sometida siempre a la riqueza, lo mismo a la individual del capitalismo, bajo las distintas formas liberales, que a la del Estado, en el totalitarismo o en el comunismo. Este último transforma al hombre en una máquina de producir y consumir, dentro de la cual sólo se cuenta al individuo y para nada se tiene en cuenta a la persona. La dignidad, la libertad y hasta la justicia, desaparecen ante la

prepotencia de los intereses de una ideología que, al final de cuentas, substituye a los capitalistas por los funcionarios. Del derecho al trabajo al deber de trabajar.

Lo que corresponde en la hora actual es volver hacia atrás. En tal sentido el *'peronismo'* es un movimiento de restauración, y en historia, lo auténticamente restaurador es lo auténticamente revolucionario. Restauradores son los ingleses cuando piden la Carta Magna, donde se escriben las *VIEJAS* libertades inglesas; restauradores son los sindicalistas cuando se organizan en gremios, como una 'restauración' de viejos tiempos, para luchar contra la atomización corporativa que hace la gloria del sistema contractual del liberalismo; restauradores son las masas españolas cuando frente a la reglamentación hasta el absurdo en que entra la Constitución liberal de 1812, escrita para librar al pueblo de viejas '*cadena'",* grita:*"vivan las cadenas"*, recordando las perdidas libertades municipales y provinciales; restauradores son los caudillos argentinos cuando se levantan contra el unitarismo, que entrega el gobierno del país a una minoría mercantil y extranjerizante, y defiende las viejas libertades locales con la bandera del federalismo, de ese federalismo que los opositores a la reforma constitucional de 1949 defienden ahora, y que olvidan fue la obra de caudillos reaccionarios en lucha contra liberales ilustrados y progresistas, desde Moreno a Sarmiento y Alberdi, inclusive Rivadavia; aunque el día menos pensado, como ya lo intentó Mitre, resulte Rivadavia uno de los penates del federalismo argentino.

Si la sociedad no se basa en un principio de orden moral nunca el hombre encontrará un régimen que se acerque a la justicia. Si los teólogos explicaron los principios de la soberanía popular con mayor fuerza argumental que los políticos modernos, es porque concibieron un primer principio fundamental, en virtud del cual un régimen perfecto exige de cada uno de sus miembros creer en Dios y ser cristiano. Para un racionalista esto es prueba de reaccionarismo, porque pertenecen a los privilegiados que tienen datos seguros para saber que Dios no existe. Se consideran superiores porque creen en la física y no en la metafísica -¡cosas de curas!- sin comprender que tan metafísica es ponerse a demostrar que Dios no existe como que existe, y, sin olvidar, que toda física carece de posibilidades de explicaciones que no sean metafísicas. A lo máximo que puede llegar la razón es saber el como de las cosas, no el *porqué*. Sin una concepción metafísica del hombre es imposible toda teoría sobre la libertad del hombre. El hombre de la ciencia, el hombre de la biología, el hombre de la psiquiatría, el hombre de la fisiología, no puede ser libre; libre puede ser en cuanto sabe que su alma lo hace libre, por ser imagen de la Divina. Por eso está en lo cierto el pontífice cuando dice que para realizar la democracia se necesita de la religión, porque sólo los valores sobrenaturales del hombre son los que dan jerarquía a *su persona*. Perón intuye estas verdades, tanto tiempo olvidadas por los tratadistas políticos, en cuyos libros el ser humano pasa como la hacienda en la contabilidad de un ganadero, pues a través de sus palabras, dichas con la prudencia que exige el pase del pasado al futuro, se advierte que lo anima la idea de una concepción *"cristiana",* de la sociedad y del Estado, sin caer, por ello, en el rigorismo de los teólogos que consideran necesario exigir, para tal fin, a cada uno de los miembros de la comunidad que sea cristiano y que crea en Dios. Perón considera suficiente que sea la concepción misma la que reconozca que en la realidad de los hechos, como dice Maritain, '*Dios, principio y fin de la persona humana y primer principio de derecho natural, es también el primer principio de la sociedad política y de la autoridad entre nosotros, y que, en ese sentido, ella reconozca que las corrientes de libertad y fraternidad señaladas por el Evangelio, las virtudes de justicia y de amistad sancionadas por él, el respeto práctico de la persona humana proclamado por él, el sentimiento de responsabilidad ante Dios requerido por él tanto de aquel que ejerce la autoridad como de aquel que le está sometido, son la energía interior de la cual la civilización necesita para lograr su realización'.*

La posición doctrinaria de Perón es realista. Por serlo se apoya en una base '*teísta',*pero para forjar una sociedad en que aquellos que no creen en Dios o que no profesan el cristianismo puedan vivir con plena libertad, si es que creen en la dignidad de la persona humana, en la justicia, en la libertad, en el amor a los semejantes; todos, inclusive los ateos o los hombres de otras confesiones, pueden ser factores de esa concepción social, colaborando en la conquista del bien común, aún cuando no sean capaces de remontarse, como dice Maritain, a los primeros principios de sus convencimientos prácticos, o traten de fundarlos sobre otras bases. El hecho de que la concepción del hombre, de la sociedad y del estado en la doctrina '*Justicialista'* aparezca orgánicamente ligada con la religión no es sino consecuencia '*de que vuelve conscientemente hacia la fuente de su ser, invocando la ayuda divina a medida que sus miembros la conocen',* pero no procura formar ninguna teocracia. No le preocupa la vida divina ni los misterios de la gracia, no requiere a los miembros de la

sociedad política un credo religioso común y no coloca en situación de inferioridad social o política a los extraños a la fe que la anima, porque se queda en el objetivo inmediato de la sociedad temporal, que es la vida humana.

Si damos a la palabra, *reaccionario* un sentido de antiprogresista, liberticida, es evidente que, hoy día, la denominación corresponde a quienes creen que nada hay que modificar. Reaccionario es un Nerio Rojas, no Perón. Sólo una mentalidad conservadora no advierte la decepción mundial que, en nuestros días, domina sobre las esperanzas ilusorias del siglo pasado. La razón de ser del radicalismo no fue, en Argentina, sino resultado de esa decepción, lo que explica que la mayoría de sus allegados pasara a nutrir las filas del '*peronismo'.* La '*Unión Cívica Radical'* reúne, actualmente, los votos de algunos afiliados que no comprenden lo que pasa en el país, porque lo ven desde el punto de vista de la acción de gobierno -que unas veces puede ser acertada y otra cometer errores, pero que en todos los casos puede ser criticada- a los que se suman los votos de los conservadores, y socialistas. Puede decirse que no hay un solo hombre de cuyo '*yrigoyenismo'* existan pruebas acabadas que no haya pasado al '*peronismo'.* La crisis económica que azotó al mundo después de la primera guerra mundial demostró que los remedios liberales no servían, y si después de la segunda guerra mundial no se repitió tal crisis es porque todos los gobiernos, inclusive Estados Unidos, adoptaron normas extrañas al espíritu liberal. Las pretendidas leyes científicas de la Economía Política, que aspiraban al rigor de las naturales, no resistieron el embate de los hechos. Como dice Leonel Franca**: '***Faltoles, en la base el contacto con la realidad viva del hombre y, en la cima, la articulación con los principios normativos de la moral y de la filosofía'.* Todo se ha resquebrajado. La familia traiciona su misión y extingue en las cunas la llama de la vida, mientras los hombres, artificialmente divididos en clases, concentran armas y odios para destruirse. Crisis de instituciones, crisis de almas. Las más grandes figuras del pensamiento creador contemporáneo, como Dawson y Berdiaeff, Bergson y Sombart, Mantam y Carrel, Belloc y Slegfrlel, Bureua y Dimidier, Franca y Benda, Massis y Rops, Spengler y Coimbra, Daverson y Alberti, Huizinga y Blondel y tantos otros diagnostican el mal de la hora, pero en Argentina hay políticos "progresistas" que consideran que debe seguir regida por las Ideas de los constituyentes de 1853, que consistieron en copiar la Constitución de un país que histórica, racial, religiosa, espiritual, moral y materialmente, nada tiene que ver con el nuestro.

Estamos lejos de decir que la doctrina '*Justicialista'* sea la salvación, pero afirmamos, eso si, y con profunda convicción; que si la humanidad quiere encontrar el camino que lo retorne a la dicha de su verdadero destino, tiene que partir de los principios fundamentales que sobre el hombre, el estado y la sociedad ha expuesto el ya famoso caudillo argentino, y que, en tal sentido, la reforma de que es objeto la constitución argentina de 1853 importa pasos de avanzada hacia un orden social más justo, más libre, más auténticamente democrático. ¿Qué esa reforma hiere intereses? Es evidente. Los hemos visto reaccionar heridos en sendas notas provenientes de entidades representativas de todos los privilegios del régimen que la carta de 1853 amparaba.

El derecho encuentra en el Estado la suprema forma de su organización y la condición de su plena eficiencia, y el mundo vive normas de derecho que no son la de los constituyentes argentinos de 1853. Aquellos hombres hicieron, además, una obra que, por vueltas que se le dé, no logró terminar con la tensión entre la persona humana y el orden político, fenómeno que no es sólo argentino, ya que es notorio el divorcio que en los Estados Unidos existe entre su orden político y la personalidad del hombre del país. Toda nación posee, al menos en germen, la tendencia innata a plasmarse en un organismo político independiente; por ello surge la Constitución de 1853, pero cuando se advierte que no asegura esa independencia sino en las apariencias, surge la reforma de 1949. Lo que ocurre es que se confunde Estado con Nación, y es así como aún hay antirosistas en Argentina, y es así como aún hay: quienes no comprenden el sentido de la posición doctrinaria del general Perón. El Estado es siempre una Unidad política, la nación es una Unidad espiritual. Bajo el Estado de la constitución de 1853 la Nación Argentina logró un determinado tipo de conciencia que le hizo comprender, que necesitaba organizar un nuevo Estado, sobre la base de un nuevo derecho para que el sentido de su Unidad espiritual y cultural pudiera afirmarse en principios esenciales, surgidos de su propio acerbo tradicional.'*La Nación no tiene valor sino por la función que ejerce en pro de la persona humana'.* A través de la nación; el hombre realiza su misión histórica total. Y la nación no es sino la conciencia de una unidad cultural en la que religión, ciencia, artes, lenguas, costumbres e instituciones constituyen un hecho objetivo transmitido por los

mayores. Y bien, es notorio que la Argentina no pueda vanagloriarse de poseer una conciencia de su unidad cultural. La dispersión es su signo; la imitación, el plagio su método; la simulación su sistema. ¿A qué se debe el que cada día estuviéramos acercándonos a la escena final de fa Torre de Babel? El propio Sarmiento lo presintió, diciendo**:** *'Así, creciendo y aumentándose, tendremos, si no tenemos ya la Torre de Babel en construcción en América.'* Tal su obra. Tal el resultado de que el Estado Argentino se organizó de espaldas al sentido de la Nación Argentina, sobre la base de instituciones copiadas antes de adaptarlas, y a que, en alas del progresismo de tipo materialista, se olvidaron los factores culturales, confundiendo cultura con normalismo y con alfabetismo. Una escuela desnacionalizada, que hablaba de la Patria ocultando los elementos esenciales de la misma: su religión y su pasado hispánico, no pudo dotar a las nuevas generaciones, muchos de cuyos componentes surgían de hogares de inmigrantes, de ningún elemento catalizador; hasta llegarse, en manifestación de franca incultura, a escuchar se en el Congreso Nacional palabras de repudio a todo revisionismo histórico, olvidando que la historia es una permanente revisión porque ella, como dice Crocce, responde siempre a los requerimiento de la vida contemporánea. El opositor a todo revisionismo argentino, afirmaba así la barbarie a que conducía al país su ideología, y la barbarie de un pensamiento político que confunde la Nación con el Estado.

A pesar de todo, los hechos demostraron que la Argentina poseía una conciencia de la nación, y corresponde al general Perón el haberla fortificado (antes lo hizo Yrigoyen, aunque en tono menor) por lo que debía corresponderle la labor de modificar el orden político para lograr la evolución completa de la personalidad nacional. Es así como la reforma de la Constitución tiende a organizar el Estado para realizar .fines que están íntima y profundamente enraizados en el ser mismo de la nación, que los tiene por legítima herencia no dispuesta a enajenarlos, porque hacerlo importaría dejar de ser.

Fuera del hombre la cultura no tiene significado; su fin es asegurarle una vida realmente humana, de manera que para que una cultura perdure es necesario que sepa para que concepción del hombre y de la vida existe. La Constitución de 1853 es la consecuencia de una cultura que careció de una concepción del hombre, al que confundió con el individuo. Esa Constitución organiza un Estado al servicio de algunas individualidades ricas y bien dotadas en el campo de la economía. Cuando Perón afirma que todo es solidario en la vida social; cuando dice que una cultura no es una yuxtaposición de cosas sino una integración armónica; cuando afirma que la persona humana no puede estar al servicio del Estado sino éste al de la persona; cuando proclama que el fin de la sociedad es que el hombre realice en ella sus fines propios; cuando sobre el sistema contractual afirma la vigencia de principios de solidaridad humanística para lograr el bien común, señala, en base a una concepción metafísica del hombre, la solidez de una construcción estatal estable, que debe sustituir a la inestable establecida.

Hemos dicho que la doctrina *'Justicialista'* será objeto en el futuro de grandes elaboraciones. Estamos convencidos de ello, porque, históricamente, es un producto que surge de la entraña misma de la nación. Su sentido humanista introducirá el principio indispensable de jerarquía en el orden de los valores culturales. Aristóteles ha dicho, en su "Política": *'Antes de definir el Estado ideal debemos dar una definición de la vida más deseable, del ideal de la vida para el individuo y el Estado',* Perón ha seguido ese concepto, y es así que esta primera reforma de la Constitución no supone haber llegado aún al Estado ideal, porque aún no se ha forjado íntegramente en la conciencia de la nación un ideal de vida concreto, que logrará con el tiempo. Pero esa conciencia ya sabe que el Estado de la Constitución de 1853 no era el que le convenía. No aseguraba el desarrollo pleno y armonioso de la vida humana y se basaba en una falsa concepción humanística, que para hacer al hombre libre, rompió la armonía del orden sobrenatural. Eliminadas la luz de la revelación y la virtud de la gracia, lejos de realizar la perfección del hombre lo sumió en una desintegración progresiva, que anuló la inteligencia para no trascender el bárbaro*"creo lo que veo",* y anuló la voluntad para orientar el destino humano. Para Lombroso el hombre es juguete de la .herencia; para Taine de la geografía; para Marx de la economía; para Darwin de la evolución; para Freud de la '*libido'***.** ¿Cómo hallar en semejantes concepción la posibilidad de dar un sentido a la vida humana? naturaleza humana, pero como a la vez se condena a la inteligencia al fenomenismo absoluto, porque no es capaz de percibir sino hechos, no se comprende como podrán construir una tabla de valores para elevar la naturaleza humana; pues crear esa tabla es labor de alta metafísica. Dice bien Franca; *'Sin una cruz del sur que oriente y explique la existencia, ¿de qué manera jerarquizar sus manifestaciones multiformes, y realizar su unidad interior, condición suprema de paz y de expansión futura?'*

Los espíritus vulgares no se plantean estos problemas cuando se trata de política. Para ellos lo importante suele ser conocer el mecanismo de entre bastidores, porque confunden, como hemos dicho, a la Nación con el Estado y al Estado con el gobierno. Tienen la mística de las palabras y de los conceptos hechos, rígidamente fríos, pero al uso. Quieren regir a los hombres y nunca se han preocupado de saber como están hechos. Son como esos conductores de automóviles que nunca levantan el *'capot'* de su coche y que, ante el menor desperfecto, no saben que hacer. Procuran disimular el vacío en que viven con grandes frases, cuanto más resonantes y airadas más pobre de contenido. Frente a Perón, que anuncia el futuro de una economía de tipo social, revisan la contabilidad para ver si rinde más o menos que la economía individualista, y con el criterio acomodado a éste, formulan vetos a los resultados de aquella, sin comprender la diferencia de los fines. Adoran ídolos efímeros, pero, no creen en Dios. Rugen fervor por la democracia y se asustan de que la mayoría electoral contraria se entregue a otros; manifiestan instintos indisciplinados, afirman ideales de futuro y viven tan atados al pasado que se alarman porque una Constitución que lleva casi un siglo de ser sistemáticamente violada, es objeto de reformas. En *'Ciencia alegre'* Nietzche los define: *'insensatos'.* Deben encender la linterna en pleno día porque han renunciado a Dios, y no ven. Frente al estado *'cristiano'* que alguien procura para su país, se debaten en la ignorancia desesperante de sus destinos.

No faltará quien diga que nuestra manera de ver la Constitución de 1853 no coincide con el expresado por Perón sobre la misma. Lo sabemos. Perón no es un pensador político, sino un hombre de acción. Las ideas juegan en él en relación directa con los hechos. No elabora principios *'a prior',* a fin de forzar luego a la realidad para que se acomoden a ellos. Como todo hombre de acción sabe donde quiere llegar y no se preocupa del punto de partida. Como buen político no cree que para reformar la Constitución sea necesario un debate histórico sobre la misma. Le basta con crear la conciencia de lo que debe ser reformado. Pero las consecuencias de su acción llevarán el problema al plano de la historiografía cuando, finiquitado el mito constitucionalista, se pueda entrar en la verdad deliberadamente ocultada. Nuestra labor, en ese sentido, es abrir la picada en la selva oscura, a fin de poner al descubierto los elementos esenciales que irán integrando la conciencia nacional del argentino. Porque, quiérase o no verlo, es lo cierto que la falsa historiografía que el argentino aprende en la escuela, y ve reproducida en la prensa, repetida en los discursos, o glosada por el arte, ha hecho de él un personaje acongojado, por la misma angustia que dolía a alguno célebre de Pirandello.

14.- ESPERANZAS EN EL MAÑANA.

Y para terminar, breves palabras más: El drama hispanoamericano y, en especial, el de Argentina, se inicia cuando el triunfo de las tituladas clases ilustradas -aliadas a los pudientes y gobernantes- fijan los módulos de la argentinidad vinculándola, no a la cultura occidental, sino a la civilización burguesa, imperialista, urbana y groseramente irreligiosa que surge de aquella como manifestación de su plenitud y de su término.

En el campo de la política se advierte que en los períodos de cultura, que son aquellos en que el sentimiento religioso todavía está vivo, los gobiernos son, en general, débiles. La Edad Media carece del concepto del Estado. En los períodos de civilización, cuando lo religioso ha sido olvidado, los gobiernos son fuertes. Como lo señalara Donoso Cortes, cuando la represión religiosa sube, la estatal desciende, y cuando ésta sube la religiosa baja. Durante el medioevo el sujeto se somete a la represión religiosa obligado por su propia conciencia; en nuestros días, el hombre, transformado en súbdito del Estado, está sometido a una represión gubernamental cada día más poderosa, puesto que logra .intervenir hasta en lo privado del hombre. Si en el futuro la irreligión absoluta llega a ser el fin de semejante civilización, todos los despotismos serán pocos.

La oligarquía de los pueblos hispanoamericanos creyó. vincular a sus pueblos a un ser vivo y lo ató a uno muerto, De la cultura occidental rechazó lo que había sido eje de nuestra formación, que era esencia misma de esa cultura, y adoptó las formas bastardas de las etapas finales de la misma, repudiadas por el ser nacional. Se entregó a estos países al progresismo materialista, fruto de una civilización urbana, atea, racionalista, que carecía de toda vitalidad porque no era sino la momia de un pasado glorioso.

Es perspicaz la observación de Dawson al señalar en Occidente la presencia de un elemento secundario -la tradición científica-, aún más antigua que el Cristianismo, pues se origina en la cultura helénica de las épocas clásicas, y ha seguido, hasta cierto punto, -dice-, una línea independiente de desarrollo. *'No posee* -agrega Dawson- *la fuerza dinámica social que es la característica peculiar de la religión, y sin embargo ha presidido todo el desarrollo de nuestra cultura y ha dado a Europa un poder de organización material y un dominio de la naturaleza que no posee ninguna otra civilización... Ella trata de llevar el orden y la inteligibilidad al mundo material y al mundo del espíritu'.*

La desviación que el espíritu renacentista sufre en el *'Quatrocent',* libera las potencias creadores del hombre, terminando con aquella disciplina de las fuerzas espirituales del hombre que, durante la Edad Media, habían terminado por encadenarlo, pero, sugestionado por su propia obra, secularizó hasta la religión. La tradición científica helénica llegó así a ser considerada como la verdadera tradición europea, mirándose al cristianismo como un elemento extraño que sólo había servido para desviar el desarrollo normal de la cultura Occidental. No puede sorprender, por consiguiente, que esa cultural vaya a su plenitud y su muerte bajo una civilización de tipo socialista. El mundo de la ciencia es extraño al mundo de la cultura, pues aquel es el de lo práctico, lo inanimado, lo puramente extensivo. Por eso la cultura, que tiene una concepción dinámica de la existencia, siente la pasión fáustica del avance, como diría Spengler, mientras la ciencia, que tiene una idea mecanicista de la existencia; siente el *'progreso'.*

La oligarquía argentina fue positivista. Bajo ese signo se organizó la escuela argentina; bajo él se organizó la *'intelligentia'* argentina; ser positivista fue expresión de saber y de cultura, a pesar de tratarse de la más burda forma del pensamiento, que pueda concebirse. Tuvimos ferrocarriles, pero también escuela laica; tuvimos fábricas, pero perdimos el sentido de nuestro pasado; tuvimos gran comercio exterior, pero perdimos el sentido universal de la argentinidad; tuvimos progreso material, pero a cambio de forjar, con el hipertrófico desarrollo del urbanismo, una de las característica esenciales de las civilizaciones en decadencia. Y es que la doctrina del progreso, que alienta en aquellos positivistas, es una concepción de la sociedad espiritualmente incomprensible. La felicidad no progresa a través del proceso histórico. El saldo de ese progresismo se concretó en la desvitalización del país con que se encontró la revolución de 1943. Es imposible negar que el gran cáncer de Argentina es el urbanismo, devorador de la persona humana y caldo de cultivo de todas las directivas destructoras de la libertad del hombre. Es en las urbes donde los políticos, creación de la civilización y extraños a la cultura occidental, truecan al pueblo en masa. Dice Spengler que el campesino es *'el único hombre orgánico que queda',* por lo cual el comunismo, término de la civilización occidental a que nos referimos, no sabe que hacer con él. El fracaso de la política agraria bolchevique, llena de contradicciones y de ensayos, que no logra formas definitivas, es una prueba evidente de tal hecho. El hombre de la urbe, que ya es el hombre del socialismo, aunque no se considere socialista, no ve lo que tiene sino lo que quiere, no valora la felicidad que disfruta sino la que quiere conquistar.

Es verdad que la esencia misma de la cultura occidental verdadera, la de corriente cristiana, se orienta hacia un fin, pero un fin cósmico. La civilización que deriva de la falsa corriente cultural procura un fin terreno, inmoral al extremo, porque busca asentar sobre los restos de todas las generaciones pasadas la felicidad de una por nacer, que tendrá el privilegio injustificable de una felicidad que ni siquiera ha elaborado con su esfuerzo. Es verdad que, en muchos círculos, se advierte un impulso religioso, un afán por encontrar interpretaciones religiosas de la vida, sin que la ciencia se preocupe en señalar su ilegitimidad, pero son tendencias que fracasan por que no es posible crear impulso religioso alguno sino con medios religiosos. Una religión de la ciencia sólo es posible, si se considera más importante a la religión que a la ciencia. Una religión sin revelación, basada en la pura razón, equivale, dice Dawson, *'a una religión sin Historia, y es precisamente el elemento histórico del cristianismo lo que le da su carácter peculiar, y lo diferencia de las religiones metafísicas orientales, incapaces de progreso'.* Religión y razón pueden encontrarse en la esfera metafísica, pero ella es débil frente a los valores históricos del cristianismo. Es ese sentido histórico el que hace que el catolicismo tenga una formidable fuerza creadora, y que procure el surgimiento de nuevos valores espirituales, es decir, que posea una idea del progreso, pero no intelectual y abstracta, sino poderosa y creadora. Basta tener en cuenta estos hechos para advertir que Hispano América puede aspirar a crear nuevas normas de cultura si logra desprenderse de sus ataduras a lo caduco, es decir, a la civilización actual, y procura entroncar de nuevo con la corriente cristiana de la que ha sido desviada. No se trata de negar la ciencia. Dice

Dawson: '*Sin religión, la ciencia se convierte en una fuerza neutra que se presta al servicio del militarismo y de la explotación económica tanto como al bien de la humanidad. Por otra parte, sin la ciencia, la sociedad queda estancada en un orden inmóvil e inmutable, como el de la cultura bizantina de las civilizaciones orientales en genera'.* El retorno a la corriente cristiana debe inspirarse en las normas que, en el siglo XIII, dan origen a la gran renovación humanística, o sea, aquella que con la acción del Aquinence procura fundir la tradición cristiana con la científica que viene de la Hélade.

Lo que ha dado en denominarse la '*decadencia española'* no es sino resistencia del ser hispano a la civilización occidental surgida de la corriente anticristiana del Renacimiento. Adentrado en ella se encuentra el espíritu de la cultura que deviene de la tradición del cristianismo. Dice Spengler: *"La esencia de toda cultura es religión; por consiguiente, la esencia de toda civilización es irreligión".* España trasplanta al Nuevo Mundo la cultura de Occidente en sus más grandes expresiones, y procura salvarlo de los desvíos de todo orden que, desde la primera hora del Descubrimiento, han comenzado a minar el alma europea. América llega así a la mayoría de edad, dentro de una pureza cultural extraordinaria, pero cuando la tendencia cristiana, cansada aunque no agotada, parece ser débil para contener el auge de la tradición científica, España se aísla mientras América se lanza por las tortuosas vías del plagio. ¿Quién no escribe durante el siglo pasado de la decadencia peninsular? Y, sin embargo, los aportes que América hace a la cultura y poseen algún valor cultural efectivo tienen un sabor español extraordinario. La imitación no permite crear nada. Menéndez y Pelayo señalan como un signo, la incapacidad del escritor hispano para ser maestro en liberalismo, en irreligión, es decir, la hispanidad no ofrece valores a la civilización, aunque dio los más destacados a la cultura occidental.

España, como América, logró 'saltar' el siglo XVIII; existió más que vivió el XIX, pero aguardando su hora, sin caer en la irreligión fuera de sus masas urbanas, y ésta es la hora en que ella es el único país europeo donde se asiste a un renacimiento cultural efectivo y sorprendente. Hacemos la afirmación seguros de provocar sonrisas, sobretodo en los burgueses que siguen esperando el milagro de París; los intelectuales que lo esperan de Moscú; o los infelices que lo esperan de New York o de Hollywood. La historia es siempre un camino matizado con sonrisas similares. Decimos que el meridiano de la verdadera cultura americana vuelve a lo hispano, y quienes ahora no lo ven lo deplorarán mañana; lo que afirmamos ante el desarrollo que en su seno han adquirido los estudios religiosos, en un afán extraordinario para proseguir el diálogo interrumpido en el siglo XVII, con la teología.

Toda civilización es una transvaloración de los valores; no crea nada; se limita a modificar la interpretación de los elementos creados por la cultura. Santo Tomás es la cultura, Carlos Marx la civilización. Para los pueblos de América, en los cuales lo civilizado es mera circunstancia histórica, consecuencia de una imitación forzada por las minorías dirigentes de las grandes urbes, volver a la verdadera línea de la cultura cristiana no es ni un sacrificio ni un esfuerzo, es, simplemente volver a ser, reencontrarse. La encrucijada debe terminar. La importancia de la composición doctrinaria del general Perón es, justamente, un retorno conscientemente concebido para volver a las bases espirituales en que deben descansar las verdaderas ideas sobre el progreso y la humanidad. En la acción de gobierno del general Perón hay, sin embargo, una dualidad. Si por una parte no busca expresiones furtivas ni ilegítimas, basadas en teorías científicas o políticas para justificar su política social, a la que da un sentido de justicia que tiene tono religioso, y los fines humanitarios prácticos de esa acción se apoyan en principios basados en una tradición religiosa positiva y, en tal sentido es un acierto indiscutible, cuya vigencia está asegurada en la mentalidad argentina; a la vez, el general Perón, como gobernante, debe actuar en una comunidad atada por la oligarquía a la civilización occidental, es decir, a formas sociales, económicas, religiosas, científicas, políticas y espirituales extrañas a toda tradición religiosa, consecuencia de una verdadera desviación espiritual que condujo al país a valorar exclusivamente los éxitos materiales. No se puede pedir que la doctrina y la obra de gobierno del peronismo sean, por consiguiente, parejas en grado sumo, pues no basta un simple período de gobierno para que la doctrina se trueque en ideal de perfeccionamiento humano y no en oportunidad simple de mejoras económicas, consideradas hasta con criterio individualista. Esta dualidad es la encrucijada que dificulta la acción integral del gobierno del general Perón, pero se trata de un hecho inevitable.

El mayor mal que aqueja a la Argentina es su desarrollo desparejo, o sea, un campo prácticamente despoblado rodeando a una de las urbes más pobladas del mundo: Buenos Aires. Este desarrollo urbano es, además, un signo de decadencia. La acción de gobierno del general Perón ha determinado un desarrollo de lo urbano que debe ser contenido, y lo será por la fuerza de los hechos, pero mediante un proceso lento que debe correr parejo con el progreso que alcance la difusión de los principios doctrinarios del *'movimiento peronista'*. Que por su fondo religioso tiende a que el hombre se adapte a él, sin pretender obligarlo a que así proceda. Pero en esta primera etapa el 'peronismo' no puede dejar de seguir las tendencias generales de la civilización que el país ha asimilado, idealizando el trabajo como aspecto esencial de la acción, de una acción que, por cierto, nada tiene que ver con el aspecto llamado cristiano del problema social. No es fácil salir de las ideas adquiridas y habrá de costarle un esfuerzo continuado al país el lograrlo, hasta el punto de encontrarse casi desprendido de las tendencias mecanicistas, del predominio de los hechos materiales, del absolutismo estatal, que constituyen la esencia de la civilización a que fue unido poco menos que forzadamente, aunque sin destruir nunca del todo los núcleos de resistencia, más vitales en el interior del país que en las grandes ciudades. Cabe la fe en que se logrará el triunfo de los fines buscados porqué son verdaderos y porque hasta el espectáculo de la Europa en crisis contribuirá a ello. La endeblés de las expresiones culturales argentinas es un fenómeno que comienza a llamar la atención de los mejor dotados, para quienes no es un secreto que una exposición nacional de pintura, por ejemplo, no pasa de ser la manifestación concreta de una dispersión mental y espiritual alarmante. No se puede hablar de una literatura argentina, aunque si de literatos argentinos. Estas típicas señales de decadencia angustian al observador que advierte la urgencia de incidir sobre la escuela argentina cuya base, carente de todo sentido religioso -aunque se haya retornado a la enseñanza de la religión- cosa que no se puede enseñar -procurando así espiritualizarla- denuncia su divorcio de toda manifestación concreta de cultura, porque, y lo repetimos con Spengler: *'La esencia de toda cultura es religión: por consiguiente la esencia de toda civilización es irreligión'.* Miremos como una enorme esperanza, por consiguiente, que un hombre de gobierno, en Argentina, el general Perón, haya dicho palabras salvadoras, como las siguientes:

'La riqueza espiritual que, con la cruz y la espada, España nos legó -esta cruz y esta espada tan vilipendiadas por nuestros enemigos y tan encarnecida por los que con su falsa advocación medraron- fue marchitándose hasta convertirse en informe montón irreconocible hecho presa después del fuego de los odios y de las envidias que habían concitado con su legendario esplendor, Pero antes de convertirse definitivamente en cenizas, las pavesas del incendio aún nos bastarán para que en nuestras manos, se convierta en antorchas que, remozando el "alma mater" de la universidad argentina, traspase las fronteras, despierte la vacilante fe de los tibios y semidormidos pueblos que aún creen más en las taumaturgias del oro que en los veneros que encierran el espíritu y la voluntad de trabajar y ennoblecerse y tenga aún fuerzas suficientes para llegar al corazón de Castilla y decir con acento criollo y fe cristiana: '¡España, Madre Nuestra, Hija eterna de la inmortal Roma, heredera dilecta de Atenas la grácil y de Esparta la fuerte, somos tus Hijos del claro nombre; somos argentinos, de la tierra con tintineos de plata, que poseemos tu corazón de oro! ¡Cómo bien nacidos hijos salidos de su seno te veneramos, te recordamos y vives con nosotros! Precisamente porque somos hijos tuyos, sabemos que nosotros somos nosotros. Por esto, sobre lo mucho que tú nos legaste, hemos puesto nuestra voluntad de seguir hacia arriba hasta escalar nuevas cumbres y conquistar nuevos laureles que se sumen a los ya eternos que supimos conseguir. Por esto abrimos de nuevo las viejas arcas que guardan los restos de la cultura que esparciste por el mundo a la sombra de banderas flameantes defendidas por espadas invencibles. Tus filósofos, poetas y artistas, y tus juristas, místicos y teólogos, cuando vieron que las antorchas de la revolución espiritual y el vaho del materialismo hacían peligrar el tesoro secular que acumulaste, decidieron ponerlo a buen recaudo, que evitara su profanación.

Pasaron los siglos del olvido y las horas de ingratitud, Nosotros, los argentinos, tus hijos predilectos, hemos labrado en el frontispicio de nuestras universidades una leyenda de imperial resonancia, una leyenda de filial gratitud y de solar hogareño, una leyenda que dice: '¡NO SE PONDRA JAMAS EL SOL DE NUESTRA CULTURA HISPANICA!.' **"**

En la noche de Navidad de 1949.-

LAUS DEO